



Chateaubriand

ATALA

A T A L A

F R A N Ç O I S A U G U S T E
R E N É D E
C H A T E A U B R I A N D

PREFACIO

Era aún muy joven cuando concebí la idea de hacer la *epopeya del hombre de la Naturaleza*, o sea pintar las costumbres de los salvajes relacionándolas con algún acontecimiento conocido. Después del descubrimiento de la América, no he hallado asunto más interesante, especialmente para los franceses, que la sangrienta matanza de la colonia de los *natchez* en la Luisiana en 1727. Las tribus indias, conspirando por espacio de dos siglos de opresión, para dar la libertad al nuevo mundo, me parecieron prestarse perfectamente a mi trabajo, y ofrecerme un asunto, casi tan magnífico como la conquista de Méjico. Tracé algunos fragmentos de esta obra en el papel, pero descubrí bien pronto que carecía de los verdaderos colores, y que si quería hacer una imagen que se pareciese al original, necesitaba, a ejemplo de Homero, visitar los pueblos que quería pintar. En 1789 participé a Mr. de Malesherbes el designio que abrigaba, de pasar a América, pero deseando al mismo tiempo utilizar mi viaje, concebí el proyecto de descubrir por tierra el paso tan buscado, y acerca del cual el mismo Cook había dudado. Partí: vi las

A T A L A

soledades americanas, y volví con planos para realizar un segundo viaje que debía durar nueve años; proponíame atravesar todo el continente de la América septentrional, navegar en seguida, a lo largo de las costas al norte de la California, y volver por la bahía de Hudson, dando vuelta al polo. Mr. de Malesherbes se encargó de presentar mis planos al Gobierno, y entonces oyó éste los primeros fragmentos de la obrita que hoy publico. La revolución destruyó todos mis proyectos. Cubierto con la sangre de mi hermano único, de mi cuñada y de su ilustre y anciano padre; habiendo visto morir a mi madre y a otra hermana de talento esclarecido, a consecuencia de los malos tratamientos que habla experimentado en los calabozos, vagué por tierras extrañas, donde fue asesinado en mis brazos el único amigo que conservaba.

De todos mis manuscritos relativos a América, sólo he salvado algunos fragmentos, y en particular la *Atala*, que no es más que un episodio de los *natchez*. *Atala* ha sido escrita en el desierto y bajo las chozas de los salvajes; ignoro si agradará al público esta historia que se aparta de todo lo conocido hasta hoy, y presenta una naturaleza y unas costumbres completamente extrañas a Europa. En la *Atala* no

hay aventuras; es una especie de poema en parte descriptivo y en parte dramático: todo consiste en la pintura de dos amantes que marchan y cazan en la soledad, presentando mi cuadro las turbulencias del amor en medio de la calma de los desiertos. He procurado dar a esta obra las formas más antiguas, y la he dividido en prólogo, narración y epílogo. Las principales partes de la narración toman una denominación especial, como los *cazadores*, los *labradores*, etc.; no de otro modo cantaban, bajo diversos títulos, los fragmentos de la *Iliada* y de, la *Odisea* los rapsodas de la Grecia en los primeros siglos.

Diré también que mi objeto no ha sido arrancar muchas lágrimas, pues me parece un error peligroso, propalado como tantos otros por Voltaire, que *las obras de mérito son aquellas que más hacen llorar*. Dramas hay de los que nadie querría ser autor, y que desgarran el corazón, aunque de una manera muy distinta que la Eneida. No es ciertamente grande un escritor porque ponga el alma en tortura, pues las verdaderas lágrimas son las que hace correr una bella poesía, a la que vaya unida tanta admiración como dolor.

He aquí las palabras que Príamo dirige a Aquiles:

A T A L A

.....

Juzga el exceso de mi desgracia, al tener que besar la mano del que ha dado muerte a mi hijo.

Así exclama José:

Ego sum Joseph, frater vester, quem vendidistis in Aegyptum.

Yo soy, José, vuestro hermano, a quien vendisteis para Egipto.

Estas son las únicas lágrimas que deben humedecer las cuerdas de la lira. Las Musas son mujeres celestiales que no desfiguran sus facciones con artificios, y cuando lloran lo hacen con el secreto designio de embellecerse.

Por lo demás, no soy, como Rousseau, un entusiasta de los salvajes, y aun cuando tenga tal vez tanta razón para quejarme de la sociedad como aquel filósofo tenía para alabarla, no creo que el estado de *pura naturaleza* sea el mejor del mundo. Yo lo he hallado demasiadamente deforme, por doquiera he tenido ocasión de verlo, y lejos de juzgar que el hombre que piensa es un animal depravado, creo que el pensamiento es lo que constituye el hombre. La palabra *naturaleza* lo ha desfigurado todo. Pinte-

mos la Naturaleza, pero la Naturaleza bella, puesto que el arte no debe ocuparse en reproducir las monstruosidades.

La moralidad que he querido sacar de la *Atala*, es fácil de descubrir, y como está reasumida en el epílogo, no la repetiré en este lugar, anticipando tan sólo algunas palabras acerca del carácter de Chactas, amante de Atala.

Este es un salvaje ya medio civilizado, puesto que no sólo sabe las lenguas vivas, sino que conoce las muertas de Europa. En este concepto debe expresarse en un estilo intermedio y conveniente a la línea en que, marcha, colocado entre la sociedad y la Naturaleza. Esto me ha proporcionado alguna ventaja, haciéndole hablar en lengua, salvaje para pintar las costumbres, y en europeo en el drama de la narración. Sin esto me hubiera sido preciso renunciar a la obra, pues si me hubiera servido siempre del estilo indio, *Atala* hubiese estado en griego para el lector.

Respecto al misionero, es un sencillo sacerdote que habla, sin sonrojarse, de *la cruz, de la sangre de su divino Maestro, de la corrupción de la carne*, etc.; en una palabra, es el sacerdote tal cual es. Sé que es difícil pintar un carácter semejante sin despertar en la

A T A L A

mente de ciertos lectores ideas ridículas. Si no lo consigo, haré reír. Júzguese.

Réstame sólo una cosa que decir: ignoro por qué casualidad ha excitado la atención pública, mucho más de lo que esperaba, una carta que dirigí a Mr. Fontanes. Yo creía que unas cuantas líneas de un autor desconocido pasarían desapercibidas; pero esto no obstante, los papeles públicos parece han tenido una especie de complacencia en ocuparse de ella. Reflexionando acerca de este capricho del público, que, ha fijado su atención en cosa de tan poco valor, pensé podría ser el título de mi gran obra el *Genio del Cristianismo*, etc. Tal vez se haya pensado se trataba de un asunto de partido, y que en ese libro me desataría, en improperios contra la revolución y los filósofos.

Al presente está permitido, sin duda, bajo un gobierno que no proscribe ninguna opinión pacífica, tomar la defensa del cristianismo, pues si hubo un tiempo en que sólo tenían derecho a hablar los adversarios de aquella religión, hoy la liza está abierta, y los que piensan que el cristianismo es poético y moral, pueden decirlo en alta voz, como los filósofos pueden sostener lo contrario. Me atrevo a creer que si la gran obra que he emprendido, y

que no tardará en ver la luz pública, hubiera sido escrita por una mano más hábil que la mía, la cuestión sería decisiva.

De cualquier modo que sea, estoy obligado a declarar que en el *Genio del Cristianismo* he prescindido de la revolución, y en general he guardado una medida que, según todas las apariencias, no se tendrá conmigo.

Háseme dicho que la mujer célebre¹ cuya obra formaba el asunto de mi carta, se ha quejado de un pasaje de ella. Permitiráseme me tome la libertad de observar que no he sido yo el primero que ha empleado el arma que se me reprocha, y que me es odiosa, pues no he hecho otra cosa que rechazar el golpe que se dirigía a un hombre cuyo talento me he hecho un deber en admirar, y cuya persona amaré siempre tiernamente. Muy lejos he estado de ofender; pero si así ha sucedido, puede borrarse ese pasaje. Además, cuando se tiene la, brillante existencia y el talento de madame Staël, fácilmente se deben olvidar las pequeñas heridas que pueda hacer un solitario y un hombre tan ignorado como yo.

¹ Madame Staël.

A T A L A

Diré por fin acerca de la *Atala*, que el asunto no es enteramente invención mía, pues es cierto hubo un salvaje en las galeras y en la corte de Luis XIV, así como lo es también que hubo un misionero francés que hizo las cosas que narro, no siéndolo menos que ha hallado a los salvajes de los bosques americanos transportando los huesos de sus antepasados, y a una joven madre exponiendo el cuerpo de su hijo en las ramas de un árbol. Argurias otras circunstancias también son verdaderas, pero como no son de un interés general, las he omitido.

FRANÇOIS AUGUSTE RENÉ DE CHATEAUBRIAND

ATALA

PRÓLOGO

La Francia poseía antiguamente en la América Septentrional, dilatados dominios, que se extendían desde el Labrador hasta la Florida, y desde las costas del Atlántico hasta los lagos más remotos del Alto Canadá.

Cuatro ríos caudalosos, cuyos manantiales están en las mismas montañas, dividen aquellas inmensas regiones: el San Lorenzo, que se pierde hacia oriente, en el golfo a que da su nombre; el río de occidente, que tributa sus aguas a mares ignorados; el Borbón, que se precipita de Mediodía a Norte, en la bahía de Hudson, y él Meschacebé, verdadero nombre del Misisipí, que corre de Norte a Mediodía hasta perderse en el golfo de Méjico.

Riega este río, en una extensión de más de mil leguas, una deliciosa región, denominada por los habitantes de los Estados Unidos el nuevo Edén, y conocida por los franceses con el dulce nombre de Luisiana. Otros mil ríos, tributarios del Meschacebé, el Missouri, el Illinois, el Arkansa, el Ohío, el Waba-

A T A L A

che y el Tennessee, la benefician con su limo y la fertilizan con sus aguas. Cuando estos ríos corren engrosados por las lluvias del invierno, y las tempestades han derribado bosques enteros, los árboles arrancados se agrupan en los manantiales. A poco tiempo, el légamo los asegura, las lianas los enlazan, y las numerosas plantas que en ellos se arraigan, concluyen por consolidar aquellos despojos, que, arrastrados por las espumosas olas, siguen la corriente del Meschacebé. Este se apodera de ellos, los impele hasta el golfo de Méjico, y encallándolos en los bancos de arena, acrecienta el número de sus bocas. De tiempo en tiempo levanta su voz poderosa al pasar por los montes, y derrama sus desbordadas aguas, Nilo de los desiertos, en derredor de las columnas de los bosques y las pirámides de los sepulcros indios. Empero, como la gracia se muestra siempre unida a la magnificencia en las escenas de la Naturaleza, he aquí que mientras la corriente del centro empuja al mar los ya inertes pinos y encinas, en las dos corrientes laterales se ve subir, a lo largo de las orillas, flotantes islas de pistia y de nenúfar, cuyas rosas amarillas descuellan a manera de pequeños pabellones. Las serpientes verás, las garzas reales azules, los flamencos de color de rosa,

y los escarnosos cocodrilos se embarcan, cual osados navegantes, en aquellos bajeles de flores, y la feliz colonia, desplegando al viento sus velas de oro, aborda en tranquilo sueño alguna oculta ensenada del río.

Las orillas del Meschacebé presentan el más sorprendente panorama. En la margen occidental, las sabanas se extienden hasta perderse de vista, y alejándose sucesivamente, parecen desvanecerse en el azul del cielo; en estas praderas sin límites se ve, vagar a su capricho rebaños de tres a cuatro mil búfalos silvestres. Tal vez, un decrepito bisonte, hendiendo las revueltas ondas, va a acostarse en las altas hierbas de, alguna isla del Meschacebé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su barba anosa y cubierta de limo, pudiera creérsele el dios del río, que, dirige una mirada altiva a la extensión de sus aguas y a la salvaje riqueza de sus orillas.

Si tal es la perspectiva de la orilla occidental, la de la oriental cambia por completo para formar un admirable contraste con aquélla. Inclínados sobre las límpidas corrientes, agrupados sobre los peñascos y las montañas, o dispersos por los valles, vistosos árboles de todas formas, de todos colores y perfumes, sé confunden, crecen a la par, y se pier-

A T A L A

den en el aire a desmesurada altura. Las vides silvestres, las begonias y las coloquintidas se entrelazan al pie de estos árboles, escalan sus ramas, se asen a sus copas y pasan del arce al tulípero, y de éste al arce, formando mil grutas, mil bóvedas y pórticos. Y acontece que pendidas de árbol en árbol, estas lianas atraviesan los diferentes brazos de los ríos, sobre los cuales forman maravillosos puentes de flores. En el seno de estas enramadas levanta la magnolia su cono inmóvil, terminado en anchas rosas blancas, dominando todo el bosque, sin otro rival que la palmera, que mece levemente a sil lado sus frondosos abanicos.

Multitud de animales colocados en aquellos retiros por la mano del Creador, esparcen en ellos el encanto y la vida. Desde la extremidad de las espesas arboledas descúbrense los osos, que ebrios con el zumo de la vid, vacilan sobre las ramas de los olmos; los caribús se bañan en un lago, las ardillas negras se solazan en los espesos ramajes, en tanto que los pájaros-burlones, las palomas de la Virginia, del tamaño de un pajarillo, bajan a los céspedes enrojecidos por las fresas; los papagayos verdes, de cabeza amarilla, los picoverdes encarnados y los cardenales de color de fuego, saltan y giran en la

extremidad de los cipreces; los colibríes centellean sobre los jazmines de la Florida, y las serpientes-cazadoras silban sobre los bosques y se columpian en ellos, a semejanza de las lianas.

Mas, si todo es silencio y reposo en las sabanas de la opuesta orilla del río, todo aquí, por el contrario, es movimiento y murmullo: los picotazos de las aves en el tronco de las encinas; el rumor de los animales que marchan, pacen o trituran entre, sus dientes los frutos de los árboles; el murmullo de las aguas; los débiles gemidos, los sordos mugidos y los dulces arrullos, llenan los desiertos de gratas y salvajes armonías. Pero cuando el viento anima aquellas soledades, y estremece los cuerpos que flotan, confundiendo aquellas masas blancas, azules, verdes y de color de rosa; cuando mezcla todos los colores y reúne todos los murimorios, se exhalan tales rumores del fondo de los bosques, y la vista admira tales escenas, que fuera intento vano describirlas a los que no han recorrido aquellos campos primitivos de la Naturaleza.

Después del descubrimiento del Meschacébé por el padre Marquette, y el desgraciado La Sala, los primeros franceses que se establecieron en el Biloxi y la Nueva Orleans, contrajeron alianza con los

A T A L A

natchez, nación india, cuyo poder temían aquellas regiones; pero las discordias y la envidia no tardaron en ensangrentar una tierra hospitalaria. Había entre los salvajes un anciano llamado *Chactas*,² que por su edad, sabiduría y conocimiento de las cosas de la vida, era el patriarca y el amor de los desiertos, y que como todos los hombres, había comprado la virtud a expensas del infortunio. No sólo fueron testigos de sus desgracias los bosques del Nuevo Mundo, sino también las costas de la Francia. Preso en las galeras de Marsella, merced a una atroz injusticia, libre, después, y presentado a Luis XIV, había conversado con los grandes hombres de su siglo y asistido a las fiestas de Versalles, a las tragedias de Racine y a las oraciones fúnebres de Bossuet: en una palabra, había contemplado la sociedad en el apogeo de su esplendor.

Restituido después de muchos años a su patria, Chactas disfrutaba de tranquilidad, aunque el Cielo le vendió también muy caro este beneficio, pues había perdido la vista. Una joven le acompañaba por las orillas del Meschacebé, bien así como Antígone

² La vos armoniosa.

guiaba a Edipo por el Citerón, o como Malvina conducía a Orián sobre las cumbres de Morven.

A pesar de las repetidas injusticias que Chactas liabía sufrido por parte de los franceses, amaba a éstos entrañablemente, pues recordaba siempre a Fenelón, cuyo huésped había sido, y deseaba poder dispensar algún favor a los compatriotas de tan virtuoso prelado. Esta ocasión se le presentó en 1725, pues un francés llamado René, impelido por sus pasiones y contratiempos, abordó a la Luisiana, y subiendo el Meschacebé, llegó al país de los natchez, y solicitó ser admitido como guerrero en esta nación.

Habiéndole interrogado Chactas, y viendo que su resolución era irrevocable, adoptóle por hijo y le dio por esposa una india llamada Celuta.

Poco después de, este enlace, los salvajes se prepararon para marchar a la caza del castor.

Chactas, aunque ciego, fue designado por el consejo de los saquems³ como caudillo de la expedición: tal era el respeto que le tributaban las tribus indias. Empezaron las oraciones y los ayunos; los adivinos interpretaron los sueños; los manitús fue-

³ Ancianos o consejeros.

A T A L A

ron consultados, ofreciérorise sacrificios de petun, y quemáronse trozos de lengua de danta, examinando si chisporroteaban en las llamas, para explorar la voluntad de los genios, y al fin se emprendió la marcha, no sin haber comido antes el perro sagrado ; René tomó parte en la alegre comitiva. Impelidas por las corrientes, las piraguas subieron el Meschacbé y entraron en el Ohío. Era el otoño, y los magníficos desiertos de Kentucky se dilataban a la atónita vista del joven francés. Cierta noche a la claridad de la luna, mientras los natchez dormían en sus piraguas, y la flota india, levantando sus velas de pieles, huían a impulso de una ligera brisa, René, que habla quedado solo con Chactas, pidió a éste la narración de sus aventuras. El anciano se brindó a su deseo, y sentados ambos en la popa de la piragua, habló en estos términos:

LA NARRACIÓN

LOS CAZADORES

Muy singular es, en verdad, querido hijo malo; el destino que aquí nos reúne. Yo veo en ti al hombre civilizado que se ha hecho salvaje, y tú ves en mí al hombre salvaje, a quien el Gran Espíritu (ignoro por qué designios) ha querido civilizar. Uno y otro hemos entrado en la senda de la vida por sus dos opuestas extremidades; pero tú has venido a descansar en mi puesto, y yo he ido a sentarme en el tuyo; por esta razón debemos considerar los objetos desde un punto de vista diametralmente opuesto. ¿Quién de nosotros ha ganado o perdido más en su cambio de situación? Arcano es éste que sólo conocen los genios, de los cuales el menos sabio atesora más sabiduría que todos los hombres reunidos.

A T A L A

A la próxima luna de las flores,⁴ se cumplirán siete veces diez nieves, y tres nieves más,⁵ que mi madre me dio a luz en las orillas del Meschacebé. Los españoles se habían establecido poco antes en la bahía de Pensacola, pero ningún blanco habitaba aún en la Luisiana. Yo contaba apenas diecisiete caídas de hoja, cuando marchó con mi padre, el guerrero Utalisi, contra los muscogulgos, poderosa, nación de la Florida, e incorporándonos con los españoles, nuestros aliados, empeñamos una batalla en uno de los brazos del MóBILE; pero Areskui,⁶ y los manitús no nos fueron proficios. Triunfaron, pues, los enemigos; mi padre perdió la vida, y en su defensa recibí dos heridas. ¡Oh! ¿Por qué no bajó entonces al país de las almas,⁷ substrayéndome así a las desventuras que sobre la tierra me esperaban? Los espíritus lo decretaron de otra suerte, y me vi arrastrado por los fugitivos a San Agustín.

En esta, ciudad, recién construida por los españoles, me hallaba expuesto a ser llevado a las minas de Méjico, cuando un anciano español, llamado López, movido a piedad al ver mi juventud y sencillez

⁴ El mes de mayo.

⁵ Una nieve anual, o lo que es lo mismo, setenta y tres años.

⁶ Dios de la guerra.

me ofreció un asilo y me presentó a una hermana suya, con quien vivía, sin esposa.

Entre ambos me cobraron el más tierno cariño, y me educaron con exquisito celo, procurándome toda clase de maestros. Pero, después de haber pasado treinta lunas en San Agustín, me asaltó un profundo hastío a la vida de las ciudades; me extenuaba visiblemente, y ora permanecía inmóvil horas enteras contemplando las cimas de los montes lejanos, ora me sentaba a la margen de un río, cuya corriente contemplaba con honda melancolía, pues mi fantasía me pintaba los bosques que sus aguas habían atravesado, y mi alma vivía exclusivamente en la soledad.

No pudiendo resistir por más tiempo mi deseo de tornar al desierto, presefitéme una mañana a López, vestido de salvaje, llevando en una mano mi arco y mis flechas, y en la otra mi traje europeo, que entregué a mi generoso protector, a cuyos pies cal derramando copiosas lágrimas. Apostroférne con los más odiosos dictados, acuséme, de ingratitud, y le dije: « ¡Oh padre mío! Ya lo ves: ¡moriré si no vuelvo a la vida india!»

⁷ La otra vida

A T A L A

Absorto López, se esforzó en disuadirme de mi propósito, y me hizo ver el peligro a que me exponía al caer de nuevo en manos de los muscogulgos; pero viéndome resuelto a arrostrarlo todo, exclamó, anegado en lágrimas y estrechándome en sus brazos:

«Vé, hijo de la Naturaleza, vé a recobrar esa hermosa libertad que López no quiere arrebatarte. Si fuese más joven, te acompañaría al desierto, donde tengo también dulces recuerdos, y te entregaría a los brazos de tu madre. Cuando te halles en las selvas que te vieron nacer, acuérdate alguna vez del anciano español que te dio franca hospitalidad, y recuerda también, para sentirte movido al amor de tus semejantes, que la primera prueba a que has sometido el corazón humano, te ha sido favorable.» Esto dicho, López oró al Dios de los cristianos, cuyo culto yo me había negado a abrazar, y nos separamos reprimiendo mal nuestros sollozos.

No tardé en recibir el castigo a que mi ingratitud me había hecho acreedor. Mi inexperiencia me extravió en los bosques, y caí en poder de una partida de muscogulgos y siminoles, como López me lo había predicho, pues fuí reconocido como natche por mi vestido y por las plumas que adornaban mi cabe-

za. Atáronme, pues, pero no con fuerza, en consideración a mi juventud. Habiendo Simagan, caudillo de la partida, querido saber mi nombre, le respondí: «Mi nombre es Chactas, y soy hijo de Utalisi, el hijo de Miscú, que han arrebatado más de cien cabelleras, a los héroes muscogulgos». Simagan me replicó: «Chactas, hijo de Utalisi, el hijo de Miscú, regocíjate, pues no tardarás en ser quemado en la gran ciudad». Yo repuse: «¡Me regocijo!» Y entonó mi canción de muerte.

Aunque prisionero, no podía, en los primeros días, dejar de admirar a mis enemigos, pues el muscogulgo y su aliado el siminol respiran alegría, amor y contento. Su andar es ligero, su truto franco, y su aspecto tranquilo. Habla mucho y con rara volubilidad, y su lenguaje es armonioso y fácil. Ni aún el progreso de los años puede robar a los saquems su sencilla jovialidad, que a semejanza de las caducas aves de nuestros bosques, mezclan sus antiguos cantos con los nuevos trinos de su tierna posteridad.

Las mujeres que acompañaban la partida enemiga, manifestaban una solícita piedad y una curiosidad ingenua hacia mi juventud; dirigíanme preguntas acerca de mi madre y los primeros días de

A T A L A

mi vida, y querían saber si mi cuna de musgo se había amanecido en las floridas ramas de los arces, y si las brisas me habían columpiado sobre los nidos de los pajarillos. Dirigíanme también otras mil preguntas relativamente al estado de mi corazón: si había visto en mis sueños una cierva blanca, y si los árboles del valle secreto me habían aconsejado que amase. Yo respondía candorosamente a las madres, a las doncellas y a las esposas de los hombres, y les decía: «Vosotras sois las gracias del día, y la noche os ama como al rocío. El hombre sale de vuestro seno, para suspenderse de vuestro pecho y de vuestros labios; vosotras sabéis pronunciar palabras mágicas que adormecían todos los dolores. ¡Esto es lo que me decía la mujer que me dio la vida, y que no volverá ya a verme! Y me decía además que las vírgenes son flores misteriosas, que crecen en lugares solitarios».

Estos elogios complacían no poco a las mujeres, que me rodeaban de presentes, trayéndome crema de nueces, azúcar de arce, sagamitas,⁸ pernils de oso, pieles de castor, mariscos que me sirviesen de galas, y musgo para mi lecho. Conmigo cantaban y

⁸ Especie de tortas de maíz.

reían, y luego lloraban al pensar que mi destino era ser presa de las llamas.

Cierta noche en que los muscogulgos habían establecido su campo a la entrada de un bosque, me hallaba sentado cerca del fuego de la guerra, con el cazador que me vigilaba, cuando de improviso llegó a mi oído el leve roce de un vestido sobre la hierba, y vi a una mujer, medio encubierta, que vino a sentarse a mi lado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, y un pequeño crucifijo de oro brillaba sobre su pecho, al resplandor del fuego. Aunque su hermosura no era extremada, advertíase en su semblante cierto sello de virtud y amor, cuyo atractivo era irresistible y al cual unía las más tiernas gracias: sus miradas respiraban una exquisita sensibilidad y una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

Al verla, me di a pensar que era la virgen de los últimos amores, virgen que el Cielo envía al prisionero para rodear de encantos su tumba. En esta persuasión, le dije con voz trémula, y con una agitación que no procedía del temor a la hoguera: «¡Virgen! Digna eres de los primeros amores; que no has sido formada para los últimos. Los movimientos de un corazón que en breve cesará de latir, responderían harto mal a las palpitations del tuyo. ¿Cómo

A T A L A

hermanar la muerte con la vida? Tú me harías amar demasiado la existencia: ¡sea, pues, otro hombre más venturoso que yo, y únanse la liana y la encina en largos abrazos!»

La misteriosa, joven me respondió: «No soy la virgen de los últimos amores. ¿Eres cristiano?» Yo le repliqué que no había sido infiel a los genios tutelares de mi cabaña. Al oír estas palabras, la india hizo un involuntario movimiento, y me dijo: «Doloro que seas un vil idólatra. Mi madre me ha hecho cristiana; *Atala* es mi nombre, y soy hija de Simagan, el de los brazaletes de oro, el caudillo de los guerreros que te rodean. Nos dirigimos a Apalachuela, donde serás arrojado a la hoguera». Esto diciendo, *Atala* se levantó y se ocultó a mi vista.

Al llegar aquí, *Chactas* se vio precisado a interrumpir su narración. Los recuerdos se agolparon en su alma, y sus apagados ojos inundaron en lágrimas sus rugosas mejillas: no de otro modo, dos manantiales ocultos en las profundas entrañas de la tierra, filtran sus ignoradas aguas por entre los rudos peñascos.

Reanudando al fin el hilo de su discurso, prosiguió: ¡Oh, hijo mío! Ya ves cuán pequeño es *Chactas*, a pesar de su reputación de sabio. ¡Ay! Aun

cuando los hombres no puedan ya ver, pueden llorar! Durante muchas noches la hija del saquem vino a verme, pero sin proferir palabra. El sueño había huído de mis ojos, y Atala se pintaba en mi corazón, grata como un recuerdo del hogar paterno.

Al día décimo séptimo de marcha, y a la hora en que la efímera sale de las aguas, entramos en la gran sabana de Alachua, rodeada de colinas, que mostrándose unas tras otras, sustentan, en unas cimas que se pierden en las nubes, bosques de copalmas, de limoneros, de magnolias y encinas. El caudillo dio el grito de llegada, y la tropa acampó al pie de las colinas. Fuí colocado a alguna distancia a orillas de uno de esos pozos naturales, tan célebres en la Florida; estaba atado al tronco de un árbol, y un guerrero me custodiaba impaciente. Pocos momentos había pasado allí, cuando Atala se dejó ver sobre los liquidámbares de la fuente. «¡Cazador! -- dijo al soldado muscogulgo, -si quieres seguir la pista del corzo, yo guardaré al prisionero».

El guerrero dio un salto de alegría al oír estas palabras de la hija del cacique, y lanzándose desde la cima de la colina, se perdió en la llanura.

¡Inexplicable contradicción del corazón humano! Yo, que tanto había deseado decir las cosas del

A T A L A

misterio a la mujer a quien amaba ya como al sol, turbado y mudo a la sazón, hubiera preferido ser arrojado a los cocodrilos de la fuente, a encontrarme solo con Atala. La hija del desierto se sentía no menos confusa que su prisionero, y ambos guardábamos un profundo silencio, pues los genios del amor nos habían dejado sin palabras; al fin, Atala, haciendo un esfuerzo, dijo: «¡Guerrero! Estás ligeramente preso, y puedes huir sin dificultad.» Al oír tales razones mi lengua recobró su soltura y respondí: «¡Ligeramente preso, oh mujer! ... » Y no supe terminar la frase. Atala me replicó, después de algunos momentos de duda: «¡Sálvate!» Y me desató del tronco del árbol. Yo tomé la cuerda, y la puse en la mano de la joven extranjera obligando sus hermosos dedos a cerrarse sobre ella, gritando: «¡Tómala, tómala! Eres un insensato -me dijo Atala con turbado acento.- ¡Desventurado! ¿Ignoras que te aguarda una hoguera? ¿Qué pretendes? ¿Has olvidado que soy la hija de un respetable saquem?» - «Hubo un tiempo le respondí con lágrimas, -en que fuí llevado también por mi madre en una piel de castor. Mi padre era dichoso dueño de una hermosa cabaña, y sus rebaños bebían en las aguas de mil torrentes; ahora, empero, vago por la tierra sin pa-

tria ni hogar. Cuando deje de existir, ningún amigo acudirá a cubrir con un puñado de hierba mí cadáver, para preservarlo de las moscas. Los restos de un extranjero sin fortuna a nadie interesan.» Mis palabras enternecieron a Atala, cuyas lágrimas se confundían con las aguas de la fuente. «¡Ah! -repuse con viveza, -¡si tu corazón hablase como el mío! ¿No es libre el desierto? ¿No tienen los bosques recónditos albergues que nos oculten? ¿Necesitan acaso los hijos de las cabañas, de muchas cosas para ser felices? ¡Oh tú, más hermosa que el primer sueño del esposo! ¡Oh, querida mía! No temas seguir mis pasos.» Estas fueron mis palabras. Atala me respondió con ternura: «¡Joven amigo mío! Has aprendido la lengua de los blancos, y no es difícil engañar a una india» -«¡Cómo! -exclamé, -¡me apellidas tu joven amigo! ¡Ah! Si un pobre esclavo... » -«¡Si, si! -replicó, inclinándose en mi pecho, -un pobre esclavo...» Yo repliqué con vehemencia: «¡Prenda de tu fe me sea un beso!» Atala escuchó mi ruego: Yo quedé suspenso de sus labios como un cervatillo parece pender de las llores de lianas de rosado color, que ase con delicada lengua en las faldas de la montaña.

A T A L A

¡Ah, hijo mío! ¡El dolor sigue de cerca a los pasos del placer! ¿Quién hubiera podido imaginar que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, sería el mismo en que destruye se mis esperanzas? Blancos cabellos del viejo Cliactas, grande fue vuestro asombro cuando la hija del saquem pronunció estas palabras: «¡Hermoso, prisionero! He cedido con harta imprudencia a tu deseo, pero, ¿adónde nos conducirá esta pasión? Mi religión me separa de ti para siempre... ¡Oh, madre mía! ¿Qué has hecho?»

Atala calló de repente, y retuvo no sé qué fatal secreto, próximo a huir de sus labios. Sus palabras me abismaron en la desesperación. «¡Pues bien! -- exclamé, -seré tan cruel como tú: ¡no esperes que huya! Me verás en el cuadro de fuego; oirás los chasquidos de mis carnes, y te regocijarás.» Atala tomó mis manos entre las suyas, diciendo: «¡Pobre idólatra! ¡En verdad, te compadezco! ¿Quieres, pues, que llore con todo mi corazón? ¿Por qué no me es dado huir contigo? ¡Desgraciado ha sido, Atala, el vientre de tu madre! ¿Por qué no te arrojas a los cocodrilos de la fuente?» Era la hora del ocaso, y como los cocodrilos empezasen a hacer oír sus sordos rugidos, Atala me dijo, poseída de terror:

«¡Abandonemos estos lugares!» Entonces conduje a la hija de Simagan al pie de las colinas que formaban anchos golfos de verdor, al internar sus promontorios en la sabana. La tranquilidad y la magnificencia reinaban en el desierto: la cigüeña chillaba en su nido; los bosques repetían el monótono canto de las codornices, los silbidos de las cotorras, los mugisos de los bisontes y los relinchos de los caballos siminolos.

Nuestro paseo fue mudo. Yo caminaba al lado de Atala, que tenía asida la extremidad de la cuerda, que le había obligado a tomar. Algunas veces horábamos, y otras nos esforzábamos por sonreír. Unas miradas que ora se dirigían al cielo, ora se fijaban en la tierra; una atención profunda al canto de cualquiera avecilla; un involuntario ademán hacia el sol que se perdía en el horizonte; una mano estrechada con íntima ternura; un pecho, ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Cliactas y de Atala, dulce y alternativamente repetidos... ¡Oh primer paso del amor! ¡Muy poderoso debe ser el ascendiente de tu recuerdo, cuando después de tantos años de infortunios, conmueves todavía el corazón del viejo Chactas!

A T A L A

¡Cuán incomprensibles son los mortales, agitados por el torbellino de las pasiones! Yo acababa de abandonar al generoso López, y de exponerme a todos los peligros para recobrar mi libertad, y en un instante, la mirada de una mujer había cambiado mis gustos, mis resoluciones, mis pensamientos, y olvidando mi país, mi madre y la muerte horrorosa que me esperaba, me mostraba del todo indiferente a cuanto no era Atala. Sin fuerza para elevarme a la razón concedida al hombre, había caído de repente en una especie de infancia, y lejos de poder hacer cosa alguna para substraerme a una inminente catástrofe, érame casi necesario que los demás se ocupasen de mi sueño y alimento.

En vano, pues, me pidió de nuevo Atala que la abandonase, arrojándose a mis pies, porque lejos de oír sus ruegos, le aseguré que regresaría solo al campo, si se negaba a atarme segunda vez al tronco del árbol. Vióse, pues, precisada a complacerme, esperando convencerme en ocasión más oportuna.

Al día siguiente del en que quedó decidido el destino de mi vida, nos detuvimos en un valle poco distante de Cuscowilla, capital de los siminoles, que unidos con los muscogulgos, forman con ellos la confederación de los Creek. La hija del país de las

palmeras vino a buscarme a media noche, y me condujo a un extenso pinar, renovando sus súplicas para que huyese. Sin responderle palabra, tomé su mano en la mía, y obligué a la tímida cervatilla a vagar conmigo en el bosque. La noche era deliciosa: el genio de los aires sacudía su azul cabellera, embalsamada por los pinos, y se respiraba el leve olor de ámbar que exhalaban los cocodrilos, ocultos bajo los tamarindos de los ríos. Brillaba la luna en medio del purísimo cielo, y su plateado resplandor bañaba los indeterminados perfiles de los montes. Ningún rumor llegaba a nuestros oídos, si se exceptúa cierta indefinible y lejana armonía que llenaba la profundidad de los bosques: pudiera decirse que el alma de la soledad suspiraba en toda la extensión del desierto.

Abismados en nuestros pensamientos, descubrimos al través de los árboles a un joven que empujando una antorcha, parecía el genio de la primavera, recorriendo los bosques para reanimar la adormecida, Naturaleza. Era un amante que se encaminaba a la cabaña de su amada, para conocer la suerte reservada a su amor.

A T A L A

«Si la virgen -decía- apagaba mi antorcha, señal es de que acepta los prometidos votos; mas si se cubre sin apagarla, me desdeña como esposo.»

Y el guerrero, deslizándose a través de las sombras, cantaba en voz remisa estas palabras:

«Me anticiparé a los pasos del día en la cima de la montaña, para buscar a mi solitaria paloma entre las encinas del bosque.

»He suspendido a su cuello un collar de porcelanas,⁹ en que hay tres cuentas rojas para mi amor, tres de color de, violeta para mis temores, y tres azules para mis esperanzas.

»Mila tiene los ojos de un armiño, y la ondulosa cabellera de un campo de arroz; su boca es un marisco de color de rosa, rodeado de perlas, y sus pechos se asemejan a dos corzos sin mancha, nacidos en un mismo día, de una misma madre.

¡Ojalá que Mila apague, esta antorcha! ¡Ojalá que sus labios derramen sobre ella una sombra voluptuosa! Yo fertilizaré su seno; la esperanza de la patria, penderá de sus fecundos pechos, y fumaré mi calumet de paz sobre la cima de mi hijo.

⁹ Especie de marisco.

»¡ Ah! ¡Dejad que me anticipe a los pasos del día en la cima de las montañas, para buscar a nú solitaria paloma entre las encinas del bosque!» Así cantaba aquel joven, cuyos acentos agitaron profundamente mi alma, demudaron el semblante de Atala, y estremecieron nuestras enlazadas manos. Pero de aquella escena vino a distraernos otra no menos peligrosa para nosotros.

Pasábamos a la sazón cerca del sepulcro de un niño, que servía de límite a dos naciones, pues habíanlo colocado a orillas del camino, según la costumbre establecida, para que las jóvenes pudiesen, al ir a la fuente, atraer a su seno el alma de la inocente criatura y devolverla a la patria. Veíanse allí en aquel momento muchas nuevas esposas, que anhelando gozar las dulzuras de la maternidad, intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma, del niño, que creían ver vagar sobre las flores. La verdadera madre acudió luego a colocar un haz de maíz y un manojito de azucenas sobre la tumba, y sentándose en los húmedos céspedes, y regando la tierra con su leche, habló así a su hijo con cariñoso acento:

«¡ Por qué te he llorado en tu cuna de tierra, oh hijo mío! Cuando el pajarillo se hace grande, le es preciso buscarse su sustento, y halla en el desierto

A T A L A

muchas semillas amargas. Tú, a lo menos, no has conocido las lágrimas; a lo menos tu corazón no se ha visto expuesto al soplo destructor de los hombres. El capullo que se marchita en su cáliz, pasa con todos sus perfumes, como has pasado tú, oh hijo mío! con toda tu inocencia. ¡Felices los que mueren en la cuna, porque ellos no han conocido sino los besos y las sonrisas maternas!»

Subyugados ya por nuestro corazón, nos sentimos abrumados por las dulces imágenes del amor y de la maternidad, que parecían seguirnos en aquellas encantadas soledades. Llevó a Atala en mis brazos al fondo del bosque, y le dije cosas que en vano intentarían mis labios repetir hoy. El viento del mediodía, mi querido René, pierde todo su calor cuando atraviesa montañas cubiertas de nieve; las reminiscencias del amor en el corazón de un anciano son los rayos del sol reflejados por el tranquilo disco de la luna durante la ausencia de aquél, y cuando el silencio reina en las cabañas de los salvajes.

¿Quién podía salvar a Atala? ¿Quién lograría evitar el triunfo de la Naturaleza? Solamente un milagro, y este milagro se realizó. La hija de Simagan recurrió al Dios de los cristianos: postróse en tierra y pronunció una ferviente plegaria a su madre y a la

Reina de las vírgenes. Desde aquel momento, ¡oh René! concebí una alta idea de esa religión, que en los bosques y en medio de todas las privaciones de la vida, puede colmar de mercedes a los desgraciados; de esa religión que, oponiendo su poder al torrente de las pasiones, basta para vencerlas cuando las lisonjean de consuno el impenetrable secreto de los bosques, la ausencia de los hombres, y la fidelidad de las tinieblas.

¡Ah! ¡ Cuán divina me pareció la sencilla salvaje, la ignorante Atala, que de rodillas ante un añoso y derribado pino, como al pie de un altar, ofrecía a Dios sentidas oraciones por un amante idólatra! Fijos sus ojos en el astro de la noche, y brillando sus mejillas al doble llanto de la religión y del amor, su hermosura presentaba un sello inmortal. Muchas veces me pareció que iba a remontar su vuelo hacia el sereno firmamentó; muchas creí vei bajar en los rayos de la luna y escuchar en las ramas de los árboles esos genios que el Dios de los cristianos envía a los anacoretas de los peñascos, cuando se dispone a llamarlos a sí. A tal espectáculo experimenté una profunda aflicción, pues me asaltó el presentimiento de que Atala pasaría breves días en la tierra.

A T A L A

No obstante, derramó tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada que casi me sentía ya dispuesto a alejarme, cuando el grito de muerte resonó en el bosque. Cuatro hombres armados se arrojaron sobre mí: habíamos sido descubiertos, y el jefe de guerra habla dado orden de perseguirnos.

Atala, que parecía una reina por la majestad de su continente, no se dignó dirigir la palabra a aquellos guerreros, y después de lanzarles una mirada altiva, fue a buscar a Simagan, de quien nada le fue posible conseguir. Lejos de esto, duplicáronse mis centinelas, se aumentó el rigor de mi cautiverio, y se me separó de mi amante. Después de cinco noches descubrimos a Apalachucla a orillas del Chata-Uehe; allí fui coronado de flores; pintáronme el rostro de azul y rojo, me ataron perlas a la nariz y las orejas, y me pusieron en la mano un chichikué.¹⁰ Así adornado para el sacrificio, entré en Apalachucla en medio de los redoblados gritos de la multitud. Mi fin estaba próximo, cuando se oyó súbitamente el ronco sonido de una bocina, y el mico o cacique de la nación mandó que ésta se reuniese.

¹⁰ Instrumento músico de los salvajes.

Ya conoces, hijo mío, los tormentos que los salvajes hacen sufrir a los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos habían conseguido, exponiendo su vida y movidos de una caridad infatigable, hacer substituir en muchas naciones una esclavitud bastante mitigada, a los horrores de la hoguera. Pero los muscogulgos no habían adoptado aún esta costumbre, si bien se habla declarado ya en su favor un partido numeroso. El mico convocaba en aquellos momentos a los saquems para decidir sobre tan importante asunto, y yo fui conducido al lugar destinado a las deliberaciones.

Descollaba no lejos de Apalachueta sobre un aislado montecillo el pabellón del consejo: tres círculos de columnas formaban la elegante arquitectura de aquella rotonda. Las columnas eran de ciprés pulimentado y esculpido, y aumentaban en altura y espesor, disminuyendo en número a medida que se acercaban al centro, ocupado por una sola columna, desde cuya extremidad partían fajas de varias cortezas, que pasando por los remates de las demás, cubrían el pabellón a manera de un abanico.

Reunióse el consejo, y cincuenta ancianos, cubiertos de mantos de pieles de castor, se sentaron en una especie de gradería, colocada enfrente de la

A T A L A

puerta del pabellón. El cacique ocupaba el asiento del centro, empuñando el calumet de paz, medio coloreado por la guerra, y a la derecha de los ancianos se veían cincuenta mujeres, vestidas con una túnica de pluma de cisne. Los jefes de guerra, armados con el tomahawk¹¹, rodeada la cabeza de vistosas plumas, y teñidos de sangre los brazos y el pecho, ocupaban la izquierda.

Al pie de la columna del centro ardía la hoguera del consejo. El primer sacerdote, rodeado de los ocho guardias del templo, vestido con un largo traje y ostentando sobre la cabeza un buho relleno de paja, derramó un poco de bálsamo de copalma sobre las llamas, y ofreció un sacrificio al sol. La triple fila de ancianos, de matronas y de guerreros, aquellos sacerdotes, aquellas nubes de incienso y aquel sacrificio, contribuían a dar al consejo un aspecto imponente.

Yo me hallaba en pie en medio de la asamblea. Terminado el sacrificio, el mico tomó la palabra, y después de exponer con sencillez el negocio sobre que debía deliberar el consejo, arrojó un collar azul

¹¹ El hacha.

en medio de los concurrentes, en testimonio de lo que acababa, de decir.

Levantóse entonces un saquein de la tribu del Aguila, y habló en estos términos:

«Mico, padre mío, saqueins, matronas y guerreros de las cuatro tribus del Aguila, del Castor, de la Serpiente y de la Tortuga, no alteremos las costumbres de nuestros abuelos; quememos este prisionero y no enervemos nuestro vigor. Lo que se os propone es una costumbre de los blancos: debe, pues, ser perniciosa. Entregad un collar rojo que contenga mis palabras. He dicho.» Y arrojó un collar rojo en la asamblea. Levantóse una matrona, y razonó de esta suerte: «Aguila, padre mío, dotado estás de la previsión de una zorra, y de la prudente lentitud de una tortuga. Quiero labrar contigo la cadena de la amistad, y unidos plantaremos el árbol de la paz; pero cambiemos las costumbres de nuestros abuelos, en lo que tienen de funesto. Tengamos esclavos que cultiven nuestros campos, y dejemos de oír los gritos de los prisioneros que afligen el pecho de las madres. He dicho.»

Bien así como las olas del mar se estrellan durante una tempestad; como son arrebatadas las hojas secas en otoño por un huracán; como las canas

A T A L A

de Meschacebé se doblan y tornan a levantarse en una inundación repentina, o como brama un numeroso rebaño de ciervos en las espesuras de un bosque, tal se agitaba y murmuraba el consejo, porque los saquems, los guerreros y las matronas hablaban a la vez o alternativamente. Pugnaban los intereses, dividianse las opiniones, y el consejo iba a disolverse; pero al fin triunfó la antigua usanza, y fui condenado a la hoguera.

Una circunstancia favorable vino a aplazar mi suplicio; este incidente era la proximidad de la *Fiesta de los muertos*, o el *Festín de las almas*, pues era costumbre no dar muerte a los prisioneros durante los días consagrados a esta ceremonia. Confióseme, pues, a un severo vigilante, y no es dudoso que los saquems alejaron a la hija de Simagan, puesto que no volví a verla.

Mientras esto ocurría, las naciones de más de trescientas leguas en contorno llegaban en tropel para celebrar la mencionada fiesta, a cuyo efecto habíase construido una vasta, cabaña, en un lugar apartado. El día prefijado, cada familia exhumó los restos de sus padres de sus sepulcros particulares, y los esqueletos fueron colgados, por orden y por familia, en las paredes de la *Sala común de los abuelos*.

Los vientos (pues se había desencadenado una tempestad), los bosques y las cataratas mugían por fuera mientras los ancianos de diferentes naciones ajustaban tratados de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

Celebráronse los juegos fúnebres, esto es, la carrera, la pelota y la taba. Dos doncellas se esforzaban en arrancarse una vara de sauce: los botones de su seno se tocaban, sus manos volteaban sobre la vara, que levantaban sobre sus cabezas; sus hermosos y desnudos pies se entrelazaban; encontrábanse sus labios, su suave aliento se confundía; mezclaban sus sueltas cabelleras al inclinarse, y como al mirar a sus madres se ruborizaban, todos las aplaudían. ¹²El sacerdote invocó a Michabú, genio de las aguas, y narró las guerras del Gran-Liebre contra Machimánitú, dios del mal; dijo el primer hombre, y Atainsia, la primera mujer, precipitados del cielo por haber perdido la inocencia; la tierra enrojecida con la sangre fraternal; a Juskeka el impío sacrificando al justo Tauhistsaron; el diluvio bajando a la voz del Gran Espíritu; a Massú, único que logró salvarse en su canoa de corteza, y el cuervo enviado al descubri-

¹² Las doncellas salvajes conocen el sentimiento del rubor.

A T A L A

miento de la tierra; dijo también la hermosa Endaé, arrancada a la mansión de las almas por las melodiosas canciones de su esposo.

Terminados estos juegos y cantos, dispusieronse todos a dar a sus abuelos una sepultura eterna.

Crecía en las márgenes del Chata-Uche una higuera silvestre, consagrada por el culto de los pueblos. Las doncellas acostumbraban lavar allí sus túnicas de corteza, que exponían luego al viento del desierto sobre las ramas de los añosos árboles, y en aquel lugar se había abierto una inmensa fosa. La comitiva salió del fúnebre recinto, cantando himnos a la muerte, y cada familia llevaba algunos restos sagrados. Al llegar a la formidable fosa, depositáronse en ella los despojos de la muerte, extendiéndolos por capas, y separándolas con pieles de oso y de castor; levantóse el monte del sepulcro, y se plantó el *Arbol de los llantos y del sueño*.

Compadezcamos a los hombres, querido René. Aquellos mismos indios, cuyas costumbres son tan interesantes, y aquellas mismas mujeres que tan tierna solicitud me habían manifestado, pedían entonces a gritos mi muerte, y naciones enteras retardaban su regreso para gozar del placer de ver sufrir espantosos tormentos a un indefenso joven.

En un valle situado al Norte, y a escasa distancia de la gran ciudad, alzábase un bosque de, cipreses y abetos, denominado el *Bosque de la sangre*, al cual se llegaba por entre las ruinas de uno de esos monumentos cuyo origen se ignora, y que son obra de un pueblo desconocido actualmente. En el centro de aquel bosque se extendía un arenal donde eran sacrificados los prisioneros de guerra, y a él fui conducido en triunfo. Todo se dispuso para mi muerte: plantóse la estaca o poste de Areskuí; los pinos, los olmos y los cipreses cayeron al filo de la segur; elevóse la hoguera, y los espectadores construyeron anfiteatros con ramas y troncos de árboles. Cada cual inventaba un suplicio: quién se proponía arrancarme la piel del cráneo, quién intentaba quemarme los ojos con teas encendidas. Entonces empecé mi canción de muerte:

«No temo los tormentos, pues soy valiente, ¡oh muscogulgos! Yo os desafío y desprecio más que a débiles mujeres. Mi padre Utalisi, hijo de Miscú, ha bebido en el cráneo de vuestros más denodados guerreros; ¡no arrancaréis, no, un suspiro a mi corazón!»

A T A L A

Provocado por mi canción, un guerrero me atravesó un brazo con una flecha, diciendo: «¡Hermano! te doy gracias.»

A pesar de la actividad de los verdugos, los preparativos del suplicio no pudieron terminar antes de ponerse el sol, por lo cual se consultó al sacerdote, y habiendo éste prohibido que se turbase el reposo de los genios de las sombras, mi muerte fue aplazada para el día siguiente. Pero impacientes por gozar de tan horrible espectáculo, y deseando hallarse más expeditos al nacer la nueva aurora, no se alejaron del *Bosque de la sangre*, y encendiendo en él grandes hogueras, se entregaron a sus fiestas y danzas.

Para mayor seguridad, se me había acostado de espalda, y las cuerdas que partían de mi cuello, mis pies y mis brazos, se sujetaban a unas estacas clavadas en el suelo, y como los guerreros estaban acostados sobre ellas, no me era posible hacer el más ligero movimiento sin que lo advirtiesen. La noche adelantaba, y los cantos y las danzas cesaron gradualmente; las hogueras despedían ya únicamente unas llamaradas rojizas, a cuya dudosa claridad veía discurrir las sombras de algunos salvajes; al fin todo se entregó al sueño, y a medida que el rumor de los hombres decrecía, aumentaba el del desierto, suce-

diendo al tumulto de las voces las quejas del viento que sacudía el bosque.

Era la hora en que la joven india que acaba de ser madre, despierta llena de sobresalto en medio de la noche, creyendo escuchar los quejidos de su primogénito, que le pide el dulce sustento. Con los ojos fijos en el cielo, que la luna menguante recorría al través de las nubes, me entregaba a tristes reflexiones sobre mi singular destino, y Atala me parecía un monstruo de ingratitud. ¡Abandonarme en el momento del suplicio, siendo así que yo me hubiera entregado a las llamas antes que alejarme de ella! Y no obstante, sentía que la amaba aún, y que moriría gustoso por ella.

Hay en el extremo de los placeres un aguijón que nos despierta como para advertirnos que aprovechemos sus fugaces momentos, y sucede que en los extremados dolores nos adormece cierto peso, pues cansados de llorar, los ojos procuran naturalmente cerrarse: nótese en esto cómo la bondad de la Providencia se manifiesta hasta en nuestros infortunios. Cedí, pues, a mi pesar, a ese letárgico sopor que algunas veces se concede a los desgraciados, y soñando que me desataban de mis ligaduras, creí experimentar ese consuelo que, se advierte cuando

A T A L A

después de habernos visto aherrojados, una mano amiga nos libra de nuestra opresión.

Tan viva llegó a ser esta sensación, que me hizo abrir los párpados. Al resplandor de la luna, cuyos rayos se deslizaban entre dos nubes, entreví una figura blanca, inclinada sobre mí, y ocupada en desatar en silencio los lazos que me oprimían. Iba a prorrumpir en un grito de sorpresa, cuando una mano, que reconocí al punto, selló mis labios. Quedaba tan sólo una cuerda, pero parecía imposible cortarla sin tocar a un guerrero que la cubría en toda la extensión de su cuerpo. Atala acercó su mano a ella, y el guerrero se incorporó medio despierto; la joven quedó inmóvil y lo miró, y el indio, creyendo ver el espíritu de las ruinas, tornó a acostarse cerrando los ojos invocando su manitú: ¡la atadura estaba rota! Levantéme y seguí a mi libertadora, que me alargó la extremidad de un arco, del cual ella tenía asida la otra. Mas ¡cuántos peligros nos rodeaban! Unas veces nos veíamos expuestos a tropezar con los dormidos salvajes; otras, un centinela nos dirigía la voz, y Atala respondía desfigurando la suya; gritaban los niños y ladraban los perros. Apenas hablamos salido de aquellos funestos lugares, cuando el bosque se sintió estremecido por agudos aulli-

dos. El campamento se despertó, encendiéronse mil hogueras, y velase correr por todas partes a los salvajes armados de antorchas: esto nos hizo acelerar nuestros pasos.

Cuando la aurora se mostró sobre las cumbres de los Apalaches, nos hallábamnos ya muy lejos. ¡Cuán feliz me conceptuó al verme otra vez en la soledad al lado de Atala! ¡de Atala mi libertadora, de Atala que se entregaba a mí para siempre! Falta mi lengua de palabras, caí de rodillas y dije a la hija de Simagan: «Los hombres son harto insignificantes; pero cuando los genios los visitan, entonces nada son. Tú eres un genio, tú me has visitado, y no acierto a hablar en tu presencia.»

Atala me alargó la mano con dulce sonrisa, y me dijo: «Me es forzoso seguirte, toda vez que no quieres huir sin mí. Esta noche he seducido al sacerdote por medio de presentes, he embriagado a tus verdugos con esencia de fuego, ¹³y he arriesgado mi vida por tí, supuesto que tú hubieras dado la tuya por mí. Sí, joven idólatra -añadió con un acento que me dejó aterrado,- ¡recíproco será el sacrificio!» Atala me entregó las armas que había tenido la previsión

¹³ Aguardiente.

A T A L A

de traer consigo, y luego curó mi herida, enjugándola con una hoja de papaya, empapándola en sus lágrimas. «Suave es -le dije, -el bálsamo que sobre mi herida derramas». «Mucho temo -me replicó, -que sea un veneno.» Esto diciendo, rasgó uno de los velos que cubrían su seno, o hizo de él una venda, que, ató con un rizo de sus cabellos.

La embriaguez, que dura mucho tiempo entre los salvajes, y que es para ellos una especie de enfermedad, les impidió, sin duda, seguirnos durante los primeros días, y si nos buscaron en los siguientes, es probable lo hiciesen por la parte de poniente, en la persuasión de que habríamos procurado encaminarnos al Meschacebé; pero hablamos seguido la dirección de la estrella inmóvil, ¹⁴siguiendo el musgo del tronco de los árboles.

No tardamos en advertir que habíamos ganado poco en mi libertad, pues el desierto dilataba a nuestra vista sus ilimitadas soledades. Faltos de experiencia en la vida de los bosques, desviados de nuestro verdadero camino, y vagando a merced de la casualidad, ¿qué, suerte nos esperaba? Muchas veces, al mirar a Atala, traía a mi memoria la antigua

¹⁴ Calzado indio.

historia de Agar, que López me había hecho leer, y que tuvo lugar en el desierto de Bersabé, mucho tiempo ha, cuando los hombres vivían tres edades de encina. Atala me tejió un abrigo con la segunda corteza del fresno, porque me hallaba casi desnudo, y me bordó unas *mocasinas*¹⁵ de piel de, ratón almizclero y pilas de puerco espín. Yo por mi parte cuidaba de su adorno, y ora le ponía en la cabeza una corona de esas malvas azules que hallábamos en nuestro camino, en los cementerios indios abandonados; ora le fabricaba vistosos collares con granos rojos de azalea, y luego sonreía contemplando su peregrina hermosura.

Cuando hallábamos un río, lo vadeábamos en una balsa, o a nado. Atala apoyaba una de sus manos en mi hombro, y a semejanza de dos cisnes viajeros, atravesábamos las solitarias ondas.

Con frecuencia, en los grandes calores del día, buscábamos un abrigo a la sombra de los musgos de los cedros, pues casi todos los árboles de la Florida, y en particular el cedro y la encina, están cubiertos de un musgo blanco que baja desde las ramas al suelo. Cuando en la noche, al resplandor de

¹⁵ Calzado indio.

A T A L A

la luna, se descubre sobre una desnuda sabana una carrasca aislada cubierta con este manto, pudiera creérsela un fantasma que arrastra a su espalda un largo velo. Y no es menos pintoresca durante el día esta escena, pues multitud de mariposas, de moscas resplandecientes, de colibríes, de cotorras verdes y de grajos azules, acuden a posarse sobre aquellos musgos, que producen entonces el efecto de un tapiz de lana blanca, en que el artista europeo hubiese bordado mil vistosos insectos y brillantes pajarillos.

En aquellas risueñas posadas dispuestas por el Gran Espíritu, descansábamos a la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mecer el gran cedro, y el castillo aéreo construido sobre, sus ramas se columpiaba con las aves y los viajeros dormidos en su espesura, y cuando de los corredores y de las bóvedas del movable edificio salían mil suspiros, puede decirse que todas las maravillas del antiguo inundo son muy inferiores a aquel magnífico monumento del desierto.

Todas las noches encendíamos una gran hoguera, y construíamos la cabaña de viaje con un techo de corteza sostenido en cuatro puntales. Si yo había dado muerte a alguna pava silvestre, una paloma torcaz, o un faisán de los bosques, lo colgábamos

delante de la encina transformada en hoguera, en la extremidad de una estaca clavada en tierra, y abandonábamos al viento el cuidado de dar vueltas a la presa del cazador. Comíamos unos musgos llamados tripas de peñascos, cortezas azucaradas de abedul y manzanas de mayo, cuyo sabor es comparable con el melocotón y la frambuesa, al paso que el nogal negro, el arce y el zumaque proporcionaban exquisitos vinos a nuestra mesa. Algunas veces iba a buscar entre las cañas una planta cuya flor, prolongada a manera de cucurucho, era para nosotros un vaso lleno del más puro rocío, y bendecíamos la Providencia que había colocado sobre el frágil tallo de una flor aquel límpido manantial, en medio de las corrompidas lagunas; así se deposita la esperanza en el fondo de los corazones ulcerados por las amarguras, y así brota la virtud del seno de las miserias de la vida.

¡Ah! no tardé en descubrir cuánto me había equivocado sobre la aparente calma de Atala, cuya tristeza aumentaba a medida que adelantábamos.

Muchas veces se estreméla sin motivo alguno, y volvía presurosa la cabeza, o bien la sorprendía fijando en mí una mirada de amor, que luego dirigía al cielo con profunda melancolía. Lo que especial-

A T A L A

mente me alarmaba era un secreto, un pensamiento oculto en el fondo de su alma, pero que yo entreveía en sus ojos. Siempre atrayéndome y rechazándome, reanimando y destruyendo mis esperanzas: cuando creía que había ganado algo en su corazón, me hallaba en el punto de partida. Cuántas veces me decía: «¡Oh joven amante mío! yo te amo como a »la sombra de los bosques en los ardores del mediodía! Eres hermoso como el desierto con todas sus flores, con todas sus brisas. Si me inclino sobre ti, me estremezco, y si mi mano toca la tuya, pareceme que voy a expirar. El otro día, juguetón el viento esparció tus cabellos sobre mi rostro, mientras descansabas reclinado en mi seno, y creí sentir el ligero contacto de los espíritus invisibles. Si; he visto las tiernas cabras de la montaña de Oconca, y oído los discursos de los hombres abrumados de años; pero la mansedumbre de aquellos animales y la sabiduría de los ancianos son menos gratas y persuasivas que tus palabras. Y sin embargo, ¡pobre Chactas! nunca seré tu esposa.»

Las interminables contradicciones del amor y de la religión de Atala; el abandono de su ternura y la castidad de sus costumbres; la altivez de su carácter y su exquisita sensibilidad; la elevación de su alma

en las cosas grandes y su susceptibilidad las pequeñas, la convertían en un ser incomprensible para mí. Atala no podía ejercer sobre un hombre un débil ascendiente: llena de pasiones, lo estaba también de poder, y era forzoso adorarla aborrecerla.

Después de quince días de una marcha presurosa, entramos en la cordillera de los Alleghanis, y llegamos a uno de los brazos del Tennessee, río que desagua en el Ohío. Brindándome, a los consejos de Atala, construí una canoa, que barnicé con goma de ciruelo, después de haber cosido las cortezas con raíces de abeto. Embarquéme en la frágil nave, con Atala, y nos abandonamos a la corriente.

El pueblo indio de Sticoé se mostraba a nuestra izquierda con sus sepulcros piramidales y sus ruinosas cabañas, en el recodo de un promontorio, y dejamos a nuestra derecha el valle de Keow, terminado por la perspectiva de las cabañas de Jora, situadas en frente de la montaña del mismo nombre. El río que nos arrastraba corría entre unos altos montecillos, en cuyo término se descubría el sol que se perdía en el ocaso. Sólo vimos en aquellas profundas soledades, no turbadas por la presencia del hombre, a un cazador indio, que, apoyado en su arco e inmóvil sobre la punta de un peñasco, parecía

A T A L A

una estatua erigida en la montaña al genio de aquellos desiertos.

Atala y yo uníamos nuestro silencio al silencio de aquella escena, cuando la hija, del destierro hizo resonar de improviso en los aires una voz llena de emoción y melancolía, con que cantaba la ausente patria:

«¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que sólo se han sentado en los festines de sus padres» Si el grajo azul del Meschacebé dijese a la oropéndola de la Florida: ¿Por qué te quejas tan tristemente? ¿No tienes aquí frescas aguas, gratas sombras y toda, clase de sustento, como en tus bosques? -Sí, respondería la fugitiva oropéndola; pero ¿quién me traerá mi nido, oculto en un jazmín? ¿Tienes acaso el sol de mi sabana?

» ¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que sólo se han sentado en los festines de sus padres!

» Después de las horas de una marcha fatigosa, el viajero se sienta tranquilamente, y contempla en su derredor los techos de los hombres; mas él no tiene lugar alguno en que reclinar la, cansada cabeza. El viajero llama a la cabaña, pone su arco detrás de la puerta, y pide hospitalidad; pero el dueño de la

cabaña hace un ademán con la mano; el viajero vuelve a tomar su arco y torna al desierto.

»¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que sólo se han sentado en los festines de sus padres!

»Historias maravillosas, narradas al calor del hogar doméstico, tiernas expansiones del corazón, arraigadas costumbres de amar tan necesarias a la vida, ¡vosotros habéis llenado los días de aquellos que no han abandonado su país natal! Sus sepulcros están en su patria, con el sol poniente, con las lágrimas de sus amigos, y con los encantos de la religión.

»¡Felices aquellos que no han visto el humo de las fiestas extranjeras, y que sólo se han sentado en los festines de sus padres!»

Así cantó Atala, sin que nada interrumpiese sus lamentos, excepto el casi imperceptible rumor de nuestra canoa, que desfloraba las tranquilas aguas. Sólo en dos o tres lugares fueron recogidos por un débil eco, que los repitió a otro más débil, y éste a un tercero, que lo era aún más: hubieras creído que las almas de dos amantes, infortunados en otro tiempo como nosotros, atraídas por aquella tierra

A T A L A

melodía, se complacían en suspirar sus últimos acordes en la montaña.

No obstante, la soledad, la presencia continua el objeto amado, y nuestros mismos infortunios, redoblaban a cada instante nuestro amor. Las fuerzas de Atala empezaban a desfallecer, y las pasiones al debilitar su cuerpo, amenazaban triunfar de su virtud. Invocaba, pues, continuamente a su madre, cuya irritada sombra se proponía, al parecer, aplacar. Algunas veces me preguntaba si oía una voz triste, si veía salir de la tierra fugitivas llamaradas. Por lo que a mi respecta, extenuado de cansancio, pero reanimado por el amor, y pensando que tal vez estaba irremediabilmente perdido en aquellos bosques, cien veces me sentí inclinado a estrechar a mi esposa entre mis brazos, y cien le propuse construir una barraca en aquellos lugares, y ocultarnos en ella para siempre; pero se negó constantemente a secundar mis proyectos, diciéndome:

«No olvides, joven amigo mío, que un guerrero se debe a su patria. ¿Qué vale una mujer, comparada con los altos deberes que estás llamado a llenar? Recobra el perdido valor, hijo de Utalisi, y no murmures del destino. El corazón del hombre se asemeja a la esponja del río, que ora bebe unas aguas

puras en los días bonancibles, ora se impregna de unas aguas cenagosas cuando el cielo ha removido las corrientes. ¿Tiene acaso la esponja el derecho de decir: Creía que nunca habría tormentas, y que nunca el sol se mostraría abrasador?»

¡Oh, René! si temes las tormentas del corazón, desconfía de la soledad, porque las grandes pasiones son solitarias, y llevarlas al desierto es colocarlas en su natural dominio. Abrumados de pesares y de temores, expuestos siempre a caer en manos de los indios enemigos, a ser tragados por las aguas, mordidos por las serpientes o devorados por las fieras, hallando difícilmente un escaso alimento, y no sabiendo ya, qué rumbo seguir, parecía que nuestros males no podían rayar más alto, cuando un accidente inesperado vino a llevarlos a su colmo.

Hablase cumplido el vigésimo séptimo sol desde que habíamos abandonado nuestras cabañas: *la luna de fuego*¹⁶ había empezado su curso, y todo presagiaba una tempestad. A la hora en que las matronas indias cuelgan el cayado del labrador de las ramas de los árboles y las cotorras se retiran a las hendiduras de los cipreses, el cielo empezó a enca-

¹⁶ El mes de julio.

A T A L A

potarse. Extinguiéronse las voces de la soledad, el desierto enmudeció, y los bosques quedaron en una calma universal. Pero, en breve, el estruendo, de un trueno lejano se prolongó por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, haciendo salir de sus intrínsecas espesuras, sublimes rumores. Temiendo ser sumergidos, nos dimos prisa a ganar la orilla del río y retirarnos a un bosque.

Este lugar era un terreno pantanoso, lo cual nos obligaba a adelantar con gran trabajo por un embovedado de zarzaparrilla, entre enmarañadas cepas, índigos, lianas rastreras y otras plantas que se enredaban a nuestros pies. El suelo esponjoso retemblaba a nuestro paso, y a cada instante nos veíamos expuestos a ser abismados en los barrancos. Innumerables insectos y murciélagos de extraordinario tamaño ofuscaban nuestra vista; las serpientes de cascabel se hacían oír en todas partes, y los lobos, los osos, los carcajús y los tigres, que acudían a refugiarse en aquellos albergues, los llenaban con sus rugidos.

Entretanto, la obscuridad se condensaba por momentos, y las nubes penetraban en los bosques. Rásganse de improviso los siniestros celajes, y el relámpago traza en los aires rojizas espirales de fue-

go. Un huracán, desatado en las regiones del occidente, aglomera unas nubes sobre otras; los bosques ceden, el firmamento se entreabre alternativamente, y al través de sus anchas bocas descúbrense nuevos cielos y abrasados campos. ¡Aterrador y magnífico espectáculo! El rayo prende en los bosques, el incendio se extiende como una inmensa cabellera de llamas, y unas columnas de centellas y de humo rodean las nubes, que vomitan sus redoblados rayos en el vasto incendio. Entonces El Gran Espíritu cubrió las montañas de espesas tinieblas, y del seno de aquel caos se levantó un mujido confuso, formado por el fragor de los vientos, el gemido de los árboles, los aullidos de las fieras, los chasquidos del incendio y el repetido retumbar de los truenos, que mugían al perderse sobre las aguas.

El Gran Espíritu lo sabe. En aquellos aciagos momentos sólo vi a Atala, sólo en ella pensé. Al abrigo del encorvado tronco de un abedul, conseguí preservarla de los torrentes de la lluvia, y sentado al pie del árbol protector, la sostenía sobre mis rodillas, y calentaba sus desnudos pies entre mis manos, considerándome más feliz que la nueva esposa que siente agitarse por primera vez en su seno el fruto de su amor.

A T A L A

Atento oído prestábamos al estruendo de la tempestad, cuando sentí rodar sobre mi seno una lágrima de Atala. «¡Tempestad del corazón! -exclamé,- ¿es esta una gota de tu lluvias?» Luego, estrechando en mis brazos a la hija de Simagan, le dije: «¡Mujer! tú me ocultas alguna secreta amargura: ábreme tu corazón, ¡oh hermosa mía! ¡Es tan consolador que un amigo lea en nuestra alma! Revélame ese secreto de dolor, que te obstinas en callar. ¡Ah! lo veo, ¡lloras tu patria!»

«¡Hijo de los hombres! ¿cómo lloraría mi patria, si mi padre no era del país de las palmeras?»

«¡Cómo! -repliqué lleno de asombro,-¿tu padre no era del país de las palmeras? ¿Quién es, pues, el que te ha colocado sobre esta tierra? ¡Responde!»

Atala dijo: «Antes que mi madre llevase en dote al guerrero Simagan treinta yeguas, veinte búfalos, cien medidas de aceite de bellota, cincuenta pieles de aceite de castor y otras muchas riquezas, había tenido relaciones con un hombre de la carne blanca. Pero la madre de mi madre había arrojado a ésta, agua al rostro, y la obligó a casarse con el magnánimo Simagan, semejante a un rey, y honrado de los pueblos como un genio. Mi madre dijo a su nuevo esposo: Mi vientre ha concebido, ¡dadme la muerte!

Simagan le replicó: ¡Guárdeme el Gran Espíritu de consumir tan perversa acción! No te mutilaré, ni te cortaré la nariz ni las orejas, porque has sido sincera, y no has manchado mi lecho. Mío será el fruto de tus entrañas, y no te visitaré hasta después de la partida del ave del arrozal, cuando haya brillado la luna décimatercera. En aquel tiempo rasgué el seno de mi madre, y empecé a crecer altiva como una española y como una salvaje. Mi madre me hizo cristiana, para que su Dios y el Dios de mi padre fuese también el mío. Más tarde, las amarguras del amor fueron a buscarla, y bajó a la pequeña cueva forrada de pieles, de la cual no se vuelve a salir.»

Esta fue la historia de Atala.

«¿Y quién era tu padre, pobre huérfana? -le pregunté;- ¿qué nombre le daban los hombres en la tierra? ¿cómo le llamaban los genios?»

«Nunca he lavado los pies de mi padre, me contestó Atala; únicamente sé que vivía con su hermana en San Agustín, y que se ha mostrado siempre fiel a mi madre: *Felipe* era su nombre entre los ángeles, y los hombres le llamaban *López*.»

Al oír estas palabras, exhalé un grito que resonó en toda la soledad, y mezclé con la tempestad el tumulto de mis transportes. Estrechando a Atala so-

A T A L A

bre mi corazón, exclamé entre sollozos: «¡Oh, hermana mía! ¡oh, hija de López, hija de mi bienhechor!»

Asustada Atala, me preguntó la causa de mi agitación; mas cuando supo que López era el generoso huésped que me había adoptado en San Agustín, y a quien había dejado para recobrar mi libertad, se vio dominada a su vez de confusión y alegría.

Era demasiado intensa para nuestros corazones aquella amistad fraternal que venia inopinadamente a visitarnos y a unir su amor a nuestro amor. En lo sucesivo los combates de Atala iba a ser inútiles: en vano la sentí llevar una mano a su seno y hacer un movimiento extraordinario; yo la había abrazado ya, su aliento me había embriagado, y había bebido en sus labios toda la magia del amor. Fijos los ojos en el cielo y a la luz de los relámpagos, sostenla a mi esposa en mis brazos en presencia del Eterno, Pompa nupcial digna de nuestros infortunios y de la grandeza de nuestro amor; soberbios bosques que agitabais vuestras lianas y copas como las cortinas y el cielo de nuestro tálamo, pinos incendiados que formabais las antorchas de nuestro himeneo, río desbordado, montañas retumbadoras, espantosa y sublime Naturaleza, ¿es posible que sólo fueseis un

aparato impostor, y que, no pudieseis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre?

Atala sólo oponía ya una débil resistencia, y yo tocaba el momento de mi ventura, cuando súbita, mente un impetuoso relámpago seguido de un trueno surcó la espesura de las sombras, inundando el bosque de azufre y de luz, y derribando a nuestros pies un árbol. Huimos ; mas... ¡oh sorpresa! En el silencio que sucedió oímos el sonido de una campanilla. Absortos entrambos, aplicamos el oído a aquel ruido tan extraño en un desierto. Pocos momentos después, ladró un perro a lo lejos, acercóse un poco, redobló sus ladridos, llegó y aulló de alegría a nuestros pies: un anciano solitario, provisto de una linterna, lo seguía al través de las tinieblas del bosque.

«¡Bendita sea la Providencia! -exclamó al vernos.- ¡Mucho ha que os buscaba! Mi perro os ha sentido desde el principio de la tempestad, y me ha guiado hasta aquí. ¡Buen Dios! ¡cuán jóvenes son estos pobres hijos míos! ¡Cuánto han debido sufrir! He traído una piel de oso que será para esta joven, y un poco de vino en mi calabaza. ¡Alabado sea Dios en todas sus obras! Grande es su misericordia e infinita su bondad.»

A T A L A

Atala cayó a los pies del religioso, diciéndole: «¡Jefe de la oración! soy cristiana, y el cielo té envía para salvarme.»

«Hija mía -le replicó el solitario levantándola, yo acostumbro tañer la campana de la misión durante la noche y las tempestades, para llamar a los extranjeros, pues a ejemplo de nuestros hermanos de los Alpes y del Líbano, he enseñado a mi perro a descubrir los viajeros extraviados.»

Yo apenas comprendía, al ermitaño, pues su caridad me parecía tan superior al esfuerzo humano, que creía hallarme sometido a la influencia de un sueño. A la luz de la linterna del religioso, veía su barba y cabellos empapados en agua, y sus pies, manos y semblante estaban maltratados por las malezas.

«¡Anciano! -exclamé al fin,- ¿qué corazón es el tuyo, que no teme ser herido por el rayo?»

«¡Temer! -repuso el sacerdote cristiano con más calor del que sus años anunciaban;- ¡temer cuando hay hombres en peligro y puedo serles útil! Harto mal servidor de Jesucristo sería, si tal temor abrigase.»

«Pero ¿sabes -le dije,- que no soy cristiano?»

«¡ Joven! -replicó el ermitaño,- ¿acaso te he preguntado cuál es tu religión? Jesucristo no ha dicho: mi sangre redimirá a éste y no a aquél. Murió por el judío y por el gentil, pues sólo vio en los hombres hermanos y desgraciados. Muy poco vale lo que por vosotros hago, y en otra parte hallaríais más abundantes auxilios; pero la gloria no debe recaer sobre los sacerdotes. ¿Qué somos nosotros, débiles solitarios, sino los groseros instrumentos de una obra celestial? ¡Ah! ¿qué soldado seria tan cobarde que huyese, cuando su jefe, con la cruz en la mano, y la cabeza coronada de espinas, marcha a su frente al socorro de los hombres?»

Estas palabras me admiraron y enternecieron, y las lágrimas arrasaron mis ojos.

«Queridos hijos míos- prosiguió el misionero, -dirijo en estos bosques un reducido rebaño de hermanos vuestros. Mi gruta está cerca de aquí en la montaña; seguidme, pues, y en ella hallaréis un saludable calor; que si no puedo ofreceros las comodidades de la vida, encontraréis a lo menos un abrigo, y demos por ello cordiales gracias a la bondad divina, porque muchos hombres no lo tienen.»

LOS LABRADORES

Hay hombres Justos cuya conciencia está tan tranquila, que no es posible acercarse a ellos sin participar de la paz que se exhala, por decirlo así, de su corazón y sus discursos. A medida que el solitario hablaba, sentía que las pasiones se aplacaban en mi pecho, y hasta la tempestad se alejaba su voz; las nubes se dispersaron en breve, y permitiéndonos abandonar nuestro albergue, salimos del bosque y empezamos a subir una montaña. El perro nos precedía, llevando pendiente de un palo la linterna apagada. Yo conducía de la mano a Atala, y ambos seguíamos al misionero, que se volvía con frecuencia a mirarnos, contemplando con interés nuestras desgracias y juventud. De su cuello pendía un libro, y un báculo le servía de apoyo. Su estatura era alta, su rostro pálido y enjuto, y su expresión sencilla y

sincera. No tenía las facciones faltas de expresión del hombre que nace sin pasiones; sino, por el contrario, se echaba de ver que sus días habían sido borrascosos, pues las arrugas de su frente mostraban las cicatrices de las pasiones curadas por la virtud y el amor a Dios y a los hombres. Cuando nos hablaba en pie e inmóvil, su luenga barba, sus ojos fijos con modestia, en el suelo, y su afectuosa voz presentaban cierto sello de calina y sublimidad. El que haya visto como yo al padre Aubry, caminando solo con su báculo y su breviario por el desierto, tendrá una verdadera idea del viajero cristiano en la tierra.

Después de media hora de una marcha peligrosa por los senderos de la montaña, llegamos a la gruta del misionero, en la que entramos por entre las hiedras y las diferentes plantas, húmedas aún, que la lluvia había arrancado de los peñascos. No habla en aquel asilo sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos útiles de madera, un azadón, una serpiente doméstica, un crucifijo y el libro de los cristianos, sobre una piedra que servía de mesa.

El hombre de los antiguos días se apresuró a encender fuego con lianas secas; machacó maíz en-

A T A L A

tre dos piedras, y habiendo hecho una torta, la puso debajo de la ceniza, y cuando hubo adquirido un hermoso color dorado, nos la sirvió caliente con crema de nuez en un vaso de arce. Habiendo la noche restablecido la serenidad, el servidor del Gran Espíritu nos propuso que nos sentáramos a la entrada de la gruta: Seguámosle a este lugar, desde donde se dominaba un inmenso paisaje. Los restos de la tempestad habían sido arrojados en desorden hacia el oriente; el resplandor del incendio prendido en las selvas por los rayos brillaba aún a lo lejos; al pie de la montaña, un pinar entero había sido derribado en una vasta laguna y el río arrastraba en confuso tropel trozos enormes de tierra, troncos de corpulentos árboles, diferentes animales y peces muertos, cuyo plateado abdomen brillaba en la superficie de las aguas.

En medio de esta escena refirió Atala nuestra historia, al genio tutelar de la montaña. Su corazón se conmovió, como lo revelaban las lágrimas que sobre su barba caían.

«Hija mía -dijo a Atala,- es preciso que ofrezcas tus sufrimientos a Dios, por cuya gloria has hecho ya tanto, y él te devolverá el perdido reposo. ¿Ves humear esos bosques, secarse esos torrentes, disi-

parse esas nubes ? Pues bien; ¿crees que el que es poderoso a calmar tan deshecha tempestad, no lo será para domar las tormentas del corazón humano? Si no tienes asilo mejor, mi querido, hija, te ofrezco un puesto en el rebaño que he tenido la dicha de llamar a Jesucristo. Yo instruirá a Chactas, y te lo daré por esposo cuando sea digno de serlo.»

A estas palabras, me arrojé a los pies del solitario, derramando, lágrimas de júbilo: pero Atala palideció como la muerte. El anciano me levantó con benignidad, y entonces echó de ver que tenía las dos manos mutiladas. Atala, que comprendió al punto sus desgracias, exclamó: ¡Bárbaros!»

«Hija mía -prosiguió el anacoreta con benévola sonrisa, -¿qué vale esto, comparado con lo que sufrió mi divino Maestro? Los indios idólatras que me han atormentado, son unos pobres ciegos a quien Dios iluminará un día, y a quienes amo en proporción de los males que me han causado. No he podido permanecer en mi patria, adonde había regresado, y donde una reina ilustre me había dispensado el honor de querer contemplar estas humildes muestras de mi apostolado. ¿Y a qué recompensa más gloriosa podía aspirar por mis trabajos, que a la de haber obtenido del jefe de nuestra religión el

A T A L A

permiso de celebrar el divino sacrificio con estas manos mutiladas? Restábame tan sólo, después de tanto honor, mostrarme digno de él: volví, pues, al Nuevo Mundo, para dedicar el resto de mi vida al servicio de mi Dios. Pronto habrán transcurrido treinta, años que habito en esta soledad, y mañana se cumplirán veintidós que he tomado posesión de este peñasco. Cuando llegué a estos lugares, sólo encontré familias errantes, de costumbres feroces y vida asaz miserable; mas yo les he hecho oír la palabra de paz, y sus costumbres se han suavizado progresivamente, y ahora viven en sociedad al pie de esta montaña. He procurado, además, enseñarles, con los caminos de la salvación, las artes indispensables a la vida, pero sin exagerarlas, y manteniendo a esos pobres indios en esa sencillez que constituye la felicidad. Y temiendo serles incómodo con mi presencia, me he retirado a esta gruta, adonde vienen a consultarme. Aquí, lejos del comercio de los hombres, admiro a Dios en la grandeza de estas soledades, y me preparo a la muerte que me anuncian próxima mis cansados días.»

Esto dicho, el solitario se arrodilló, y nosotros imitamos su ejemplo; luego, empezó en alta voz una oración a que Atala respondía. Los mudos relám-

pagos rasgaban aún los cielos hacia el oriente, mientras sobre las nubes de occidente brillaban a la par tres soles. Algunas zorras, dispersas por la tormenta, alargaban sus negros hocicos al borde de los precipicios, y se oía el murmullo de las plantas, que secándose a la brisa vespertina, levantaban sus abatidos tallos.

Entramos de nuevo en la gruta, en la cual el ermitaño extendió un lecho de musgo para Atala, cuyos ojos y movimientos retrataban una profunda languidez, y miraba al padre Aubry como deseando revelarle algún secreto; pero parecía detenerse ante algún obstáculo, ya fuese éste mi presencia, ya cierto rubor, ya la inutilidad de la confesión. Levantóse a media noche y la vi buscar al solitario; mas éste, que le había cedido su lecho, había salido a contemplar la hermosura del cielo y a orar en la cumbre de la montaña. Al día siguiente me dijo que acostumbraba hacerlo así, aun durante el invierno, pues se complacía en ver a los bosques mecer su desnudo ramaje, volar las nubes por los cielos, y oír los vientos y los torrentes bramar en la soledad. Mi hermana tornó a su lecho, donde quedó como aletargada. ¡Ay! Henchido de faustas esperanzas, no vi en la

A T A L A

debilidad de Atala otra cosa que pasajeros indicios de cansancio.

Despertó al día siguiente, al canto de los cardenales y de los pájaros-burlones que anidaban en las acacias y laureles que rodeaban la gruta. Salí, pues, de ésta a coger una rosa de magnolia, humedecida con las lágrimas de la mañana, y la prendí a la cabellera de la dormida Atala, esperando, según la religión de mi país, que el alma de algún niño de pecho habría bajado en una gota de rocío a aquella flor, y que un sueño feliz la llevarla al seno de mi futura esposa. Corrí luego en busca de mi huésped, quien encontró con un rosario en la mano, esperándome sentado en el tronco de un pino derribado por los años. Propúsome ir en su compañía a la misión, en tanto que Atala seguía entregada al sueño; brindéme al punto a su deseo, y nos mismos en camino.

Al bajar de las montañas, descubrí unas encinas donde los genios parecían haber trazado extraños caracteres. El ermitaño me dijo que él los habla estampado, y que eran versos de un antiguo poeta llamado Homero, y algunas sentencias de otro poeta, aún más antiguo, llamado Salomón. Cierta armonía misteriosa reinaba en esta sabiduría de los tiempos, entre aquellos versos casi destruidos por el musgo,

el viejo solitario que los había grabado, y las decrepitas encinas que le servían de libros.

Su nombre, su edad, y la fecha de su misión estaban señalados también en una caña al pie de aquellos árboles; yo me mostré asombrado de la fragilidad de este monumento: «Durará más que yo, respondiome el solitario, y valdrá siempre más que el escaso bien practicado por mí».

Desde allí nos dirigimos a la entrada de un valle en que vi una obra maravillosa: un puente natural parecido al de la Virginia, y del que tal vez habrás oído hablar. Los hombres, René, y especialmente los de tu país, acostumbran imitar la Naturaleza, pero sus copias son siempre mezquinas; mas no sucede así respecto de la Naturaleza, que cuando parece imitar los trabajos, de los hombres, les ofrece en realidad portentosos modelos. Entonces echa puentes desde una a otra cima de distantes montañas; suspende caminos en las nubes; derrama ríos en lugar de canales; esculpe montes en vez de columnas, y en lugar de estanques ensancha las cuencas de los ares.

Pasamos debajo del arco único de aquel puente, y nos hallamos en frente de otra maravilla: el cementerio de los indios de la misión, o los *Bosquecillos*

A T A L A

de la muerte. El padre Aubry había permitido a sus neófitos enterrar sus difuntos según sus costumbres, y conservar en el lugar de su sepultura sus nombres salvajes; únicamente había santificado, aquel lugar colocando en él una cruz. Su suelo estaba dividido como el campo común de las mieses, es decir, en tantas porciones cuantas eran las familias, y cada una de estas porciones formaba por sí sola un bosque, que variaba según el gusto de los que lo habían plantado. Un arroyo serpenteaba silencioso por entre aquellas fúnebres plantaciones, con el nombre de *Arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas estaba cerrado a oriente por el puente bajo que habíamos pasado; dos colinas lo limitaban al septentrión y al mediodía, y sólo se abría hacia el occidente, donde se alzaba un vasto bosque de abetos. Los troncos jaspeados de estos árboles, subiendo sin ramas hasta sus cimas, remedaban altas columnas, y formaban el peristilo del templo de la muerte, donde se escuchaba un rumor religioso, parecido al sordo murmullo del órgano bajo las bóvedas de un templo cristiano; pero cuando se penetraba hasta el fondo del santuario, no se oía sino los himnos, de los pajarillos que celebraban una fiesta eterna a la memoria de los finados.

Al salir de aquel bosque, descubrimos la misión, situada a orillas de un lago, y en medio de una sabana. esmaltada de flores; llegábase a ella por una alameda de magnolias y de encinas, que bordaban, por decirlo así, uno de esos antiguos caminos que se encuentran en las montañas que sirven de límites al Kentucky y las Floridas. No bien los indios vieron a su pastor en la llanura, abandonaron sus trabajos y salieron gozosos a su encuentro. Quiénes besaban su túnica, quiénes le ofrecían un apoyo; las madres levantaban en brazos a sus tiernos hijos para que viesen al hombre de Jesucristo, y él vertía lágrimas de ternura, informándose a su paso de lo que entre sus ovejas ocurría, dando consejos a unos y benignas reprensiones a los otros, hablando al mismo tiempo de las mieses que era preciso recolectar, de los niños a quienes se debía instruir, de los trabajos a que se debía procurar un alivio, y a todos estos discursos mezclaba el nombre y el recuerdo de Dios.

Así acompañados, llegamos al pie de una gran cruz que descollaba en el camino, y allí acostumbraba el servidor de Dios celebrar los misterios de su religión.

A T A L A

«Mis queridos neófitos -dijo volviéndose a la multitud,-os han llegado un hermano y una hermana,y por colmo de felicidad, veo que la Providencia ha salvado ayer vuestras mieses del furor de la tormenta: estas son dos poderosas razones para que le tributemos gracias. Ofrezcamos, pues, el santo sacrificio, y asistan todos a él con un recogimiento profundo, una fe viva, una gratitud infinita y un corazón contrito».

Esto dicho, el sacerdote vistió una túnica blanca, tejida de corteza de morera, y los vasos sagrados se sacaron de un tabernáculo al pie de la cruz; preparóse el altar sobre un peñasco, tomóse agua del vecino torrente, y un racimo de uvas silvestres suministró el vino del sacrificio. Todos nos arrodillamos sobre las altas hierbas, y empezó la celebración del misterio.

La aurora, que despuntaba a espalda de las montañas, teñía de rosa el Oriente, y todo se mostraba cubierto de oro y de púrpura en la soledad. El astro anunciado por tanto aparato de esplendor surgió al fin de un abismo de luz, y su primer destello alumbró la hostia consagrada que el sacerdote alza, en aquel mismo instante. ¡Oh encanto de la religión, y magnificencia del culto cristiano! ¡El sacrificador

era un anciano ermitaño, el altar una tosca piedra, el templo el desierto, y el concurso unos sencillos salvajes! ¡No! No dudo que en el momento en que nos inclinamos al suelo, se cumplió el gran misterio, y que Dios bajó a la tierra, porque lo sentí penetrar en mi corazón.

Terminado el sacrificio, en el que sólo faltó para mí la hija de López, nos dirigimos a la población, donde se advertía la más tierna mezcla de, la vida social y de la vida natural: en una extremitad del antiguo desierto se vela una plantación reciente; las espigas hacían rodar sus olas de oro sobre el tronco de las derribadas encinas, y los haces de un verano reemplazaban el árbol de tres siglos. Veíase por donde quiera a los bosques, presas de las lianas, envolver los aires en densas humaredas, y al arado pasear lentamente entre los restos de sus raíces. Los agrimensores median el terreno con largas cadenas, mientras los árbitros señalaban las primeras propiedades; el ave cedía su nido la cueva, de la fiera trocábase en cabañas; oíase el estruendo de los martillos, y los redoblados golpes de la segur hacían mugir por la postrera vez los ecos, al desaparecer para siempre con los árboles que les servían de asilo.

A T A L A

Yo vagaba embelesado en medio de aquellas apacibles escenas, a que añadían nueva dulzura la imagen de Atala y los ensueños de felicidad en que mecía mi corazón. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvaje, pues veía al indio civilizándose a la voz de la religión, y asistía a las bodas primitivas del hombre y de la tierra: el hombre, en virtud de este gran contacto, abandonaba a la tierra la costosa herencia de sus sudores, y la tierra se obligaba a recompensarle, llevando fielmente las mieses, los hijos y las cenizas del hombre.

Una mujer presentó un niño al misionero, que le bautizó entre los jazmines en flor, a orillas de un manantial, mientras un ataúd era llevado a los *Bosquecillos de la muerte*. Dos esposos recibieron la bendición nupcial a la sombra de una encina, y luego fuimos a establecerlos en la cabaña que les había sido destinada. El pastor nos precedía, bendiciendo el peñasco, el árbol y la fuente, como en otro tiempo bendijo Dios, según el libro de, los cristianos, la tierra inculta, entregándola en herencia a Adán. Esta comitiva, que a la par de sus rebaños, seguía de peñasco en peñasco a su venerable pastor, retrataba en mi enternecido corazón aquellas emigraciones de las primeras familias, cuando Sem y sus hijos adelanta-

ban al través del mundo desconocido, siguiendo el curso del sol.

Habiendo preguntado al santo ermitaño cómo gobernaba sus hijos, me respondió con bondad: «Ninguna ley les he dado, pues sólo les he enseñado a amarse recíprocamente, a orar a Dios y a esperar una vida mejor, pues tal es el resumen de todas las leyes del mundo. Aquella cabaña más espaciosa que allí ves, está destinada a servir de capilla en la estación de las lluvias. Todos se reúnen en ella, al amanecer y al anochecer, para glorificar al Señor, y cuando yo estoy ausente, un anciano dirige la oración, porque la ancianidad, a semejanza de la maternidad, es una especie de sacerdocio. Cumplidos estos deberes cristianos, empiezan las faenas agrícolas, y sí las propiedades están divididas para que todos puedan aprender la economía social, las mieses se depositan en trojes comunes, para que se mantenga viva la llama de la caridad fraternal, a cuyo efecto cuatro ancianos distribuyen equitativamente el producto del trabajo común. Añade a esto algunas ceremonias religiosas, muchos cantos, la cruz a cuyo pie he celebrado los santos misterios, el olmo a cuya sombra predico en los días serenos, nuestras sepulturas inmediatas a nuestros campos de trigo, nues-

A T A L A

tros ríos, donde bautizo los tiernos niños, santos Juanes dé esta nueva Betania, y formarás cabal idea de este reino de Jesucristo».

Las palabras del solitario me llenaron de admiración, y entonces eché de ver la superioridad de aquella vida estable y ocupada, sobre la errante y vagabunda del salvaje.

¡Ah, René! No murmuro de la Providencia, pero confieso que nunca traigo a la memoria aquella sociedad evangélica, sin experimentar a tal recuerdo una profunda amargura. ¡Cuán feliz me hubiera hecho en aquellos lugares la tranquila posesión de una cabaña, al lado de Atala! Allí hubieran terminado mis inútiles excursiones; allí, desconocido de los hombres, y ocultando con una esposa querida mi felicidad en el seno de los bosques, hubiera pasado como esos ríos que ni siquiera tienen nombre en el desierto. Pero en lugar de esa paz inalterable en que me atrevía entonces a soñar, ¡cuán agitados han transcurrido mis días! Eterno juguete de la adversa fortuna, arrojado a todas las costas, desterrado de mi patria durante largos años, y no hallando a mi regreso a ella sino una, cabaña arruinada, y a mis amigos en la tumba: ¡tal debía ser el triste destino de Chactas!

EL DRAMA

Si vivos fueron mis ensueños de ventura, harto breve fue su duración: el desencanto me esperaba a la puerta del solitario. Grande fue mi sorpresa, cuando al llegar a ella al mediodía, no vi salir a Atala a nuestro encuentro; esto me hizo experimentar cierto indefinible y repentino horror. Al acercarme a la gruta, no me atreví a llamar a la hija de López, porque mi imaginación temía igualmente que a mis gritos sucediese. Y el ruido y el silencio que a mis gritos sucediese. Y más aterrado aún por la obscuridad que a la entrada del peñasco, reinaba, dije al misionero:

«¡Oh, tú, a quien el Cielo acompaña y fortalece, penetra en esas sombras!»

¡Cuán débil es el hombre avasallado por las pasiones, y cuán fuerte aquel que descansa en Dios!

A T A L A

Advertíase más valor en aquel corazón religioso, quebrantado por setenta y seis años, que en toda la lozanía de mi juventud. El hombre de paz entró en la gruta, y yo permanecí fuera, poseído de espanto. Pocos momentos después, un apagado murmullo, parecido a reprimidos lamentos, salió del fondo del peñasco, y vino a herir mi oído. Prorrumpiendo entonces en un grito, y recobrando súbitamente todas mis fuerzas, arrojéme en la noche de la caverna... ¡Espíritu de mis padres, sólo vosotros sabéis el espectáculo que se ofreció a mi vista!

El solitario había encendido una rama de pino, y alumbraba con mano trémula e indeciso resplandor el lecho de Atala, que medio incorporada se mostraba pálida, y con la cabellera en desorden. Rienaban sobre su frente las gotas de un sudor frío, pero sus ojos medio apagados se esforzaban aún en mostrarme su amor, y sus cárdenos labios ocultaban sonreír. Yo permanecía inmóvil, como herido por el rayo, fijos los ojos, extendidos los brazos y entreabiertos los labios. Profundo silencio reinaba entre los tres personajes de aquella escena de dolor; el solitario fue quien primero lo rompió, diciendo:

«Esto será un acceso de calentura, producida por las pasadas fatigas, y si nos resignamos a la voluntad de Dios, se compadecerá de nosotros».

Al oír estas palabras, la sangre paralizada volvió a circular por mi corazón, y con esa movilidad propia de los salvajes, pasé en un momento del exceso del temor al de la confianza. Pero Atala no me dejó abrigar mucho tiempo mis nuevas ilusiones, pues moviendo tristemente la cabeza, haciéndonos una seña, para que nos acercásemos a su lecho, dijo al misionero, con débil acento:

«¡Padre mío! Me siento cercana a la muerte. ¡Chactas! Escucha sin desesperación el fatal secreto que te he ocultado para no hacerte desgraciado, y para obedecer a mi madre; no me interrumpas con señales de un dolor que abreviaría, los pocos instantes que de existencia me restan. Mucho tengo que referir; pero conozco que debo abreviar todo lo posible mi relato, pues los latidos de mi corazón se debilitan, y siento sobre mi pecho el peso de una mole de hielo...»

Después de algunos momentos de silencio, Atala prosiguió.

«Mi triste destino empezó casi antes que abriese mis ojos a la luz. Mi madre me había concebido en

A T A L A

el infortunio: yo fatigaba su seno, y me dio a luz con tan crueles dolores, que se desesperó de mi vida; mi madre hizo un voto para salvarme, y prometí a la Reina de los Angeles que le consagraría mi virginidad, si me libraba de la muerte... ¡Voto temerario que me precipita en el sepulcro!

»Perdí a mi madre a los dieciséis años. Algunas horas antes de morir me llamó a su lecho, y me dijo en presencia de un misionero que la consolaba en sus postrimeros instantes: «No ignoras, hija mía, el voto que he hecho por ti. ¿Querrás, Atala mía, desmentir a tu madre? Te dejo en un mundo que no es digno de poseer una cristiana, y en medio de unos idólatras que persiguen al Dios de tus padres y mío, al Dios que, después de haberte dado la vida, te la ha conservado por un milagro. Al aceptar el velo de las vírgenes, renunciarás a los cuidados de la cabaña y a las funestas pasiones que han agitado el seno de tu madre. Vén, hija mía, y jura sobre esta imagen de la Madre del Salvador, en manos de este santo sacerdote y de tu moribunda madre, que no me serás infiel a la faz del Cielo. No olvides que me he obligado por ti, para salvar tu vida, y que si no guardas mi promesa, condenarás el alma de tu madre a eternos tormentos.»

» ¡Oh, madre mía! ¿Por qué hablaste así? ¡Oh religión, que labras a la vez mi infortunio y mi felicidad, que me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y triste objeto de una pasión que me devora hasta en los brazos de la muerte, ¡ahora ves lo que ha constituido el rigor de nuestro destino!... Anegada en lágrimas, y dejándome caer en el seno materno, prometí todo lo que se había querido hacerme prometer. El misionero pronunció sobre mí las palabras formidables, y me dio el escapulario que me liga para siempre. Mi madre me amenazó con su maldición si violaba mi voto, y después de haberme encargado un secreto inviolable respecto de los perseguidores de mi religión, expiró abrazándome.

»Al pronto, no conocí el peligro de aquel juramento, pues llena de fervor, cristiana verdadera, y altiva además, porque es española la sangre que por mis venas circula, no vi en mi derredor sino hombres indignos de mi mano, y me felicité por no tener otro esposo que el Dios de mi madre. Pero te vi, joven y gallardo prisionero, compadecí tu suerte, y me atreví a hablarte al resplandor de la hoguera del bosque, y entonces sentí todo el peso de mis votos.»

A T A L A

Pronunciadas por Atala estas palabras, exclamé cerrando los puños y mirando al misionero con aire amenazador:

«¿Es esta la religión que tanto encareces? Perezca el juramento que me roba a Atala. ¡Perezca el Dios que contradice la Naturaleza! Hombre sacerdote, ¿qué has venido a hacer en estos bosques?»

«¡A salvarte! -respondió con voz de trueno el anciano; a domar tus pasiones, y a impedir, ¡blasfemo! que la cólera del Cielo estalle sobre tu cabeza. ¿Qué razón te asiste, joven recién entrado en la senda de la vida, para que arte de tus dolores? ¿De qué injusticias has sido víctima? ¿Dónde están tus virtudes, únicas que pudieran darte algún derecho a las quejas? ¿Qué servicios has hecho a tus semejantes? ¡Desventurado! Sólo veo pasiones en tí, ¡y te atreves a acusar al Cielo! Cuando hayas pasado, como el padre Aubry, treinta años de destierro en las montañas, no juzgarás con tan criminal ligereza los designios de la Providencia divina; entonces comprenderás que nada sabes, que nada eres, y que no hay castigos bastante rigurosos ni males bastante terribles que no merezca sufrir la carne corrompida.»

Los ojos centelleantes del anciano, su barba que cubría, su pecho y sus palabras de fuego le hacían semejante a un dios. Abrumado por su majestuoso aspecto, caí a sus pies pidiéndole perdón por mis arrebatos; mas él me dijo, con un acento tan benévolo, que los remordimientos quebrantaron mi alma:

«¡Hijo mío! No te he reprendido por mí, pues tienes sobrada razón en creer que nada he venido a hacer en estos bosques, pues Dios no tiene más indigno servidor que yo; pero nunca acusemos al Cielo. Perdóname si te he ofendido, y atendamos tu hermana, que acaso tendrá remedio, y no renunciemos a la esperanza. ¡Chactas! Muy divina es la religión que convierte en virtud la esperanza.»

«Joven amigo mío -continuó Atala,- tú has sido testigo de mis combates, y no obstante sólo has visto la menor parte, pues te ocultaba lo más terrible de ellos. El esclavo negro que riega con sus sudores las abrasadas arenas de la Florida, es menos miserable que lo ha sido Atala. Aconsejándote la fuga, y segura de mi muerte si te alejabas de mí, temiendo huir contigo en los desiertos, y no obstante, anhelando las sombras de los bosques... ¡Ah! Si hubiera bastado dejar a padres, amigos y patria ; si sólo hubiese

A T A L A

mediado, ¡cosa horrorosa! la pérdida de mi alma!...
¡Pero tu sombra, madre mía, tu sombra me echaba
en cara a todas horas tus tormentos! Oía tus quejas,
y te veía devorada por las llamas del infierno. Mis
áridas noches creaban tan sólo fantasmas, y mis días
no me traían consuelo alguno; el rocío de la noche
se secaba al contacto de mi piel ardiente; abría mis
labios a las brisas, y éstas, lejos de traerme la anhe-
lada frescura, se abrasaban al fuego de mi aliento.
¡Qué tormento no me causaba verte sin cesar a mi
lado, lejos de todos los hombres, en medio de sole-
dades profundas, y tocar la insuperable barrera que
entre los dos se levantaba! Pasar mi vida a tus pies,
servirte como una esclava, preparar tu alimento y tu
lecho en algún ignorado rincón del Universo, hu-
biera sido pata mí la suprema felicidad, ¡y tocando
esta felicidad, no poder disfrutarla! ¡Qué de pro-
yectos he soñado, qué de ilusiones ha brotado este,
abatido corazón! Tal vez, al fijar en ti mis ojos, he
llegado a formar deseos tan insensatos como culpa-
bles: ya hubiera querido ser contigo el único ser vi-
viente en la tierra; ya sintiendo que una divinidad
me detenía en mis horribles transportes, hubiera
deseado que esta divinidad se anonadase, con tal
que estrechada en tus brazos, hubiese rodado de

abismo en abismo, con los restos de Dios y del mundo! Ahora mismo... ¿lo diré? ahora que la eternidad va a tragarme, y que voy a presentarme ante el Juez inexorable; en el momento en que, para obedecer a mi madre, veo con alegría que mi virginidad devora mi vida; por una horrorosa contradicción, llevo a la tumba el pesar de no haber sido tuya!»

«¡Hija mía! -interrumpió el misionero,- el dolor extravía tu corazón. El exceso de pasión a que te entregas, pocas veces es justo, y no hallándose en el orden de la Naturaleza, es menos disculpable a los ojos de Dios, porque más que una debilidad del corazón es un error del espíritu. Es, pues, forzoso, reprimir esos arrebatos, indignos de tu inocencia. Y debo también decirte, querida hija mía, que tu impetuosa imaginación te ha alarmado en demasía relativamente a tus votos. La religión no exige sacrificios sobrehumanos. Sus sentimientos verdaderos y sus templadas virtudes son muy superiores a los exaltados sentimientos y a las violentas virtudes de un pretendido heroísmo. Si hubieses sucumbido, pobre oveja descarriada, el buen Pastor te hubiera buscado para atraerte a su rebaño. Abiertos estaban para ti los tesoros del arrepentimiento; que si son menester torrentes de sangre para borrar nuestras

A T A L A

faltas a los ojos de los hombres, una sola lágrima de cordial arrepentimiento basta en el tribunal de Dios. Tranquilízate, pues, querida hija mía, porque tu crítica situación exige sosiego, y dirijámonos a Dios, que cura todas las dolencias de los que le confiesan y sirven. Si, como espero, es su voluntad que te libres de la enfermedad que te aqueja, escribiré al obispo de Quebec, pues está investido de los poderes necesarios para anular tus votos, que son simples, y acabarás tus días a mi lado con, tu esposo Chactas.»

A estas palabras del anciano, Atala se sintió acometida de una larga y penosa convulsión, de que sólo salió para dar muestras de un espantoso dolor.

«¡Cómo! -exclamó enlazando sus manos con pasión;- ¡había remedio! ¿Mis votos podían ser anulados?»

«Sí, hija mía -respondió el misionero,-y aún pueden serlo.»

«¡Es demasiado tarde! -replicó Atala en el colmo de la desesperación.- ¿Debo morir, Dios mío, en el momento en que hubiera podido ser feliz? ¿Porqué no he conocido antes a este santo anciano? ¡Cuánta sería, hoy mi ventura al lado de Chactas cristiano! Consolada, tranquilizada por este augusto sacerdo-

te... en este desierto... ¡oh! esto hubiera sido demasiada felicidad.»

«¡Cálmate! -le dije, estrechando una de las manos de la desgraciada, -cálmate, pues esa felicidad está muy cercana.»

«¡Nunca, nunca! -dijo Atala.»

«¿Cómo? -repuse estupefacto.»

«No lo sabes todo; ayer, durante la tempestad... me sentía próxima a violar mis votos; iba a hundir a mi madre en las llamas del abismo; su maldición tronaba ya sobre mi; ya mentía al Dios que me ha salvado la vida... Cuando besabas mis trémulos labios, no sabías que besabas la muerte!»

«¡Cielo! -gritó el padre Aubry, -¿qué has hecho, desgraciada?»

«Un crimen -replicó Atala con extraviados ojos; -pero al perderme yo, salvaba a mi madre.»

«¡Acaba, acaba! exclamé, lleno de espanto.»

«Previendo mi debilidad, al dejar las cabañas, llevé conmigo ...»

«¿Qué? -pregunté con horror.»

«¡Un veneno! -dijo el misionero.»

«¡Ya dilacera mi seno! -contestó la hija de López con profundo abatimiento.»

A T A L A

La insegura mano del solitario abandonó la antorcha, yo caí exánime a los pies de Atala; el anciano nos abrazó por algunos momentos y los tres confundimos nuestros sollozos sobre aquel lecho fúnebre.

«¡Basta, basta -dijo poco después el animoso ermitaño, encendiendo una lámpara;- ¡no malogremos tan preciosos momentos! Rechacemos cual intrépidos cristianos los asaltos de la adversidad. Arrojémonos a los pies del Todopoderoso para implorar su misericordia y someternos a sus decretos, con una cuerda al cuello y cubierta la cabeza de ceniza. Acaso todavía es tiempo. Hija mía, hubieras debido participármelo todo anoche.»

«¡Ah, padre mío -dijo Atala,- anoche os busqué con ansia; pero el Cielo, en castigo de faltas, os alejó de mí. Por otra parte, todo auxilio hubiera sido inútil, porque los mismos indios, tan hábiles en preparar venenos, no conocen antídoto para el que he tomado. Juzga, ¡oh, Chactas! de mi sorpresa, cuando vi que el golpe no era tan súbito como esperaba. Mi amor ha duplicado mis fuerzas, mi alma no ha podido separarse tan pronto de ti.»

Al llegar aquí, no interrumpí la narración de Atala por medio de sollozos, sino con esos arreba-

tos de que sólo son capaces los salvajes. Arrastréme furioso por el suelo, retorciéndome los brazos y mordiéndome las manos. El anciano sacerdote corría del hermano a la hermana, y nos prodigaba mil socorros con maravillosa ternura, porque en la calma del corazón y abrumado por el peso de los años, sabía hacerse oír de nuestra juventud, y su religión le proporcionaba acentos más tiernos aún y más vehementes que a nosotros nuestra pasión. Aquel sacerdote, que durante cuarenta años se inmolaba diariamente al servicio de Dios y de los hombres en aquellas agrestes montañas, traía a la memoria los holocaustos de Israel, humeando incesantemente en los lugares elevados en presencia del Señor.

¡Ah! En vano intentamos aplicar algún remedio a los males de Atala. La fatiga, la amargura, el veneno y una pasión más mortal que todos los venenos reunidos, se aunaban para robar aquella delicada flor a la soledad. Al llegar la noche, se manifestaron síntomas espantosos: un entorpecimiento general paralizó los miembros de Atala, y sus extremidades empezaron a enfriarse. «Toca mis manos -me decía;- ¿no te parecen yertas?» Yo no acertaba a responderle, y mis cabellos se erizaban de horror; poco después añadió: «Ayer me estremecía a

A T A L A

tu mero contacto; hoy no siento ya tu mano, y apenas oigo tu voz; los objetos de la gruta desaparecen sucesivamente para mí. ¿No cantan los pajarillos? El sol debe hallarse próximo a su ocaso. ¡Chactas, sus rayos serán hermosos en el desierto, sobre mi tumba!»

Viendo Atala que sus palabras nos hacían derramar copiosas lágrimas, nos dijo: «Perdonadme, mis buenos amigos; soy muy débil, pero acaso me mostraré más fuerte. ¡Y no obstante, morir tan joven, y cuando sentía latir lleno de vida mi corazón! ¡Jefe de la oración! Compádecete de mí, y préstame tu apoyo. ¿Crees que mi madre estará satisfecha, y que Dios me perdonará lo que he hecho?»

«¡Hija mía! -respondióle el anacoreta anegado en lágrimas,- todas tus desventuras son el triste resultado de tu ignorancia; tu educación salvaje, y la falta de la necesaria instrucción te han perdido; ignorabas que un cristiano no puede disponer de su vida. Consuélate, pues, querida oveja, que Dios perdonará la sencillez de tu corazón. Tu madre y el imprudente misionero que la dirigía han sido mucho más culpables que tú, pues ambos extralimitaron sus facultades al arrancarte un voto indiscreto; ¡sea empero con ellos la paz del Señor! Los tres presentáis

un ejemplo terrible de los peligros del entusiasmo, y de la falta de luces en materias religiosas. Tranquilízate, hija mía; el que sondea los corazones te juzgará por tus puras intenciones, no por tu vituperable conducta.

»Por lo que respecta a la vida, si ha llegado el momento de dormirte en el Señor, ¡ah! ¡cuán poco pierdes al perder este mundo! A pesar de la soledad en que has vivido, no has ignorado las amarguras; ¿qué pensarías si hubieses sido testigo de los males de la sociedad, y si al llegar a las costas de Europa, hubiese lastimado tu oído el prolongado grito de dolor que exhala esa tierra envejecida en el crimen? ¡El habitante de la cabaña y el del palacio sufren y gimen en este mundo: lloran las reinas, como las más humildes mujeres, y la mente se asombra al considerar la cantidad de lágrimas que vierten los ojos de los reyes. ¿Deplorarías la pérdida de tu amor? Esto equivaldría, hija mía, a llorar la desaparición de un sueño. ¿Conoces acaso el corazón del hombre, y puedes reducir a número las inconstancias de su deseo? Harto más fácil te sería calcular el número de las olas que el mar desata durante una tempestad. ¡Atala! Los sacrificios y el desinterés no son lazos eternos; acaso un día hubiera llegado el

A T A L A

tedio en pos de la saciedad; el pasado hubiera sido mirado con disgusto, y sólo se hubieran tomado en cuenta los inconvenientes de una unión pobre y despreciada. Los amores más hermosos fueron sin duda los de aquel hombre y aquella mujer que salieron de la mano del Creador, pues eran inocentes e inmortales, y el paraíso había sido creado para ellos. Perfectos en alma y cuerpo, sus sentimientos se aunaban en todo: Eva habla sido creada para Adán, y Adán para Eva. Y si a pesar de esto no les fue posible mantenerse en aquel estado de felicidad, ¿qué esposos aspirarán a ella? No te hablaré de los matrimonios de los primeros hijos de los hombres, uniones inefables en que la hermana era la esposa del hermano, y se confundían en un mismo corazón el amor y el cariño fraternal, aumentando la pureza de éste las delicias de aquél. Todas estas uniones han sido destruidas: los celos se deslizaron en el altar de césped donde, se inmolaba el cabritillo, y reinaron en la tienda de Abrahám y en aquellos asilos conyugales donde los patriarcas gozaban tan vivas alegrías, que olvidaban la muerte de sus madres.

»¿Te juzgarías más inocente y feliz en tus lazos que las santas familias de que Jesucristo quiso des-

cender? No te hablaré de los pormenores de los cuidados domésticos, de las discordias, de las mutuas reconvenções, de las inquietudes, y de todas esas penas ocultas que velan a la cabecera del tálamo conyugal. La mujer renueva sus dolores siempre que es madre, y se casa llorando. ¡Cuántos males no supone la pérdida de un hijo a quien su madre amantaba! Las montañas repetían largos gemidos, pues nada podía consolar a Raquel porque sus hijos no existían ya. Estas amarguras inherentes a las afecciones humanas, son tan intensas, que he visto en mi patria a muchas damas principales, favoritas de los reyes, abandonar la corte para sepultarse en los claustros, mutilando esta carne rebelde cuyos placeres son otros tantos dolores.

»Dirásme acaso que estos ejemplos no te atañen, pues toda tu ambición se reducía a vivir en una ignorada cabaña con el hombre elegido por ti, y que aspirabas menos a las dulzuras del matrimonio que a los encantos de esa locura que la juventud apellida amor. ¡Ilusiones, quimeras, vanidad, sueños de una fantasía calenturienta! Yo también, hija mía, he conocido las tempestades del corazón; que ni siempre mi cabeza ha sido calva, ni mi pecho ha palpitado tan tranquilo cual hoy te parece. Fía en mi ex-

A T A L A

perencia. Si constante en sus afectos, pudiese el hombre alimentar incesantemente un sentimiento incesantemente renovado, es indudable que la soledad y el amor le igualarían al mismo Dios, porque éstos son los dos eternos placeres del Ser Supremo. Empero el alma del hombre se hastía, y nunca ama mucho tiempo el mismo objeto con la misma plenitud. Hay siempre algunos puntos en que dos corazones no se tocan; estos puntos concluyen por hallarse a considerable distancia, y hacen insoportable la vida.

»Por último, querida hija mía, el grande error de los hombres, en sus ensueños de felicidad, es olvidarse de la muerte, condición esencial de su naturaleza: ¡es forzoso concluir! Por intensa que hubiera sido vuestra felicidad, tarde o temprano tu hermoso semblante hubiérase trocado en ese uniforme vestigio de rostro que la mano de la destrucción imprime en la familia de Adán; los mismos ojos de Chactas no hubieran podido reconocerte entre tus hermanas de sepulcro, pues el amor no extiende su imperio sobre los gusanos de la tumba. ¿Qué digo? ¡Oh vanidad de las vanidades! ¿Qué hablo del poder de las afecciones terrenas? ¿Quieres conocer su alcance? Pues bien: si un hombre volviese a la luz algunos

años después de su muerte, es de temer que no le acogiesen con alegría los mismos que más lágrimas habían consagrado a su memoria: ¡tan presto se forman nuevos vínculos, tan fácilmente se contraen nuevos hábitos, tan natural es en el hombre la inconstancia, tan miserable es nuestra vida, aún en el corazón de nuestros amigos!

»Da, pues, gracias a la bondad divina porque te saca tan pronto de este valle de miserias. Prepáranse ya para ti en las nubes la blanca túnica y la brillante corona de las vírgenes; oigo ya a la Reina de los ángeles que te dice: «Vén, digna siervo, mía; vén, mi paloma, a sentarte sobre un trono de candor, entre todas estas doncellas que han sacrificado su hermosura y su juventud al servicio de la humanidad, a la educación de la infancia y a las sublimes obras de la penitencia. Vén, rosa mística, a florecer en el seno de Jesucristo. El ataúd, lecho nupcial que te has elegido, no será manchado por la infidelidad, y no tendrán fin los abrazos de tu celestial Esposo.»

A la manera que el último destello del día aplacallos vientos y esparce la calma por el cielo, las tranquilas palabras del anciano acallaron las pasiones en el seno de Atala, que desde entonces se mostró únicamente ocupada de mi dolor y de los

A T A L A

medios de hacerme menos amarga su pérdida. Unas veces me decía que moriría dichosa si le prometía enjugar mis lágrimas; otras me hablaba de mi madre y de mi patria, esforzándose en distraerme del dolor presente, despertando en mí la imagen de un dolor pasado, y exhortándome a la paciencia y a la virtud. «No siempre serás desgraciado -me decía;- si el Cielo te somete hoy a rudo crisol, es tan sólo para hacerte más sensible a las desventuras ajenas. El corazón humano se asemeja a esos árboles que no, brindan su bálsamo a las heridas de los hombres, sino cuando han sido a su vez heridos por el hierro.»

Dichas estas palabras, volvióse hacia el misionero buscando en él los consuelos que me había hecho experimentar, y alternativamente consoladora y consolada, daba y recibía la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

En tanto, el ermitaño redoblaba su celo. Sus quebrantados huesos se habían reanimado al soplo de la caridad, y preparando siempre remedios, avivando el fuego y renovando los céspedes del lecho para refrescarlo, pronunciaba discursos admirables sobre Dios y la felicidad de los justos. Armado con la antorcha de la religión, parecía preceder a Atala

en el sepulcro para, mostrarle sus secretas maravillas.

La humilde gruta estaba henchida de la grandeza de aquella muerte cristiana, y los espíritus celestiales asistían sin duda a aquella escena en que la religión luchaba sola contra el amor, la juventud y la muerte.

Triunfaba, pues, esa religión divina, y su victoria se mostraba en la santa tristeza que sucedió en nuestros corazones a los primeros arrebatos de un amor sin esperanza. A media noche, Atala se reanimó un tanto para repetir las oraciones que el religioso le dictaba. Poco después me alargó la mano, y me dijo con voz casi imperceptible: «¿Recuerdas, hijo de Utalis, aquella primera noche en que me tomaste por la virgen de los últimos amores? ¡Presagio singular de nuestro destino!...» Detúvose un momento, y prosiguió: «Cuando reflexiono que te abandono para siempre, mi corazón hace un esfuerzo tan poderoso para revivir, que casi me siento dotada del poder de hacerme inmortal a fuerza de amar. Mas, ¡cúmplase, Dios mío, tu voluntad! » Atala enmudeció de nuevo, y luego añadió: «Réstame sólo pedirte perdón por los males que te he causado; mucho te he atormentado con mi orgullo y mis caprichos.

A T A L A

¡Chactas! Algunos puñados de tierra arrojados sobre mí, interpondrán todo un mundo entre nosotros, y te librarán por siempre del peso de mis infortunios.»

«¡Perdonarte! -repliqué anegado en lágrimas; ¿no soy yo la causa de todas tus desventuras?»- «Amigo mío -me dijo interrumpiéndome,- tú me has hecho sobrado feliz, y si pudiese empezar de nuevo mi vida, preferiría la dicha de haberte amado algunos instantes en un triste destierro, a una existencia entera de descanso en mi patria.»

Aquí se extinguió el acento de Atala, y las sombras de la muerte se esparcieron sobre sus ojos y sus labios; sus manos intentaban maquinalmente asir algún objeto, y conversaba en voz baja con los espíritus invisibles. Poco después hizo un vano esfuerzo para desprender de su cuello el crucifijo, y no pudiendo verificarlo, me pidió luciéndome: tomase yo diciéndome:

«Cuando te hablé la primera vez, viste brillar en mi seno esta cruz al resplandor de la hoguera. ¡Atala no posee otras riquezas! López, tu padre y nacimiento. Recibe, pues, esta herencia, hermano mío, consérvala en memoria de mis infortunios, y recurre siempre en los tuyos a este Dios de los desválidos.

¡Chactas! Debo dirigirte mi último ruego. Nuestra unión hubiera sido de breve duración en la tierra; pero después de esta vida hay otra más larga. ¡Cuán horroroso me sería separarme de ti para siempre! Me anticipo a ti, para esperarte en el Cielo. Si me has amado, hazte instruir en la religión Cristiana, que prepara nuestra segunda unión. Esta religión opera a tus ojos un gran milagro, pues me hace capaz de separarme de ti sin morir en los horrores de la desesperación. Sin embargo, Chactas, sólo te pido una simple promesa, pues sé harto bien lo que cuesta un juramento, para exigírtelo. Ese juramento te separaría acaso de alguna mujer más feliz que yo... ¡Oh, madre mía! ¡Perdona a tu hija! ¡Oh, Virgen María, suspende el golpe de tu enojo! Torno a sucumbir a mis debilidades, y te robo; ¡oh Dios mío! ¡unos pensamientos que debieran pertenecerte exclusivamente!»

Tras pasado de dolor, prometí a Atala abrazar un día, la religión cristiana. A este espectáculo, el solitario se levantó con rostro inspirado, y extendiendo sus brazos a la bóveda de la gruta, exclamó: «¡Ya es tiempo de llamar a Dios aquí!»

Al oír estas palabras, una fuerza sobrenatural me obligó a caer de rodillas, e incliné mi cabeza a

A T A L A

los pies del lecho de Atala. El sacerdote abrió un lugar secreto, en que guardaba, una urna de oro, cubierta con velo de seda, y prosternándose, oró profundamente. La gruta me pareció sublimemente iluminada; oyéronse en los aires las palabras de los ángeles y la vibración de las armas celestiales, y al salir del tabernáculo el vaso sagrado, creí ver al mismo Dios saliendo del seno de la montaña.

El sacerdote abrió el cáliz, y tomando entre sus dedos una hostia blanca como la nieve, se acercó, pronunciando palabras misteriosas, a Atala, que tenían sus al parecer todos sus dolores, y toda su vida se reconstruyó en sus labios, que se entreabrieron y acercaron respetuosos al Dios oculto en aquel pan místico. Luego, el santo anciano humedeció un poco de algodón en un aceite consagrado, con el cual frotó las sienes de la moribunda Atala, y después de mirarla un momento, pronunció súbitamente en alta voz estas palabras: «¡Parte, alma cristiana, a reunirte a tu Creador!» Levantando entonces mi humillada cabeza, exclamé, mirando el vaso en que se encerraba el óleo santo:

«¡Padre mío! ¿Este remedio restituirá la vida a Atala?»-«Sí, hijo mío -replicó el sacerdote, cayendo en

mis brazos;- ¡le dará la vida eterna!» Atala acababa de expirar.

Al llegar aquí, Chactas se vio precisado a interrumpirse por segunda vez, pues anegado en lágrimas, no podía articular sino palabras entrecortadas. El anciano saquem descubrió su pecho, y sacando de él el crucifijo de Atala, dijo.

- ¡He aquí la prenda de la adversidad! ¡Oh, René, oh, hijo mío! ¡tú la ves, mas yo no la veo ya! Díme: ¿ha padecido alguna alteración después de tantos años? ¿No descubres en ella los surcos de mis lágrimas? ¿Podrías reconocer el sitio a que una santa aplicó sus labios? ¿Por qué no es hoy cristiano Chactas? ¿Qué frívolas razones de política y de patria le han mantenido hasta el día en los errores de sus padres? No, no quiero retrasar más mi conversación. La tierra me grita: Pronto bajarás a la tumba; ¿qué aguardas, pues, para abrazar una religión divina?... ¡Oh tierral no me esperarás mucho tiempo; no bien un sacerdote haya rejuvenecido en las santas aguas esta cabeza encanecida por las amarguras, podré esperar reunirme a Atala... Pero demos fin a mi historia.

LOS FUNERALES

No es mi intento, ¡oh René! pintarte hoy la desesperación que se apoderó de mi alma al exhalar Atala, su último suspiro. Necesario sería más calor del que me resta; preciso sería que mis cerrados ojos pudiesen abrirse de nuevo al sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que a su luz derramaron. ¡Si! esa luna que ahora brilla sobre nuestras cabezas, se cansará de alumbrar las soledades de Kentucky; ¡si! el río que ahora impele nuestras piraguas suspenderá su corriente, primero que mis lágrimas cesen de correr por Atala. Durante dos días enteros me mostré insensible a los razonamientos del ermitaño, quien, deseando aplacar mis penas, no se valía de las fútiles razones de la tierra, y se limitaba a decirme: «¡Hijo mío, tal es la voluntad de Dios!» y me estrechaba en sus brazos. Nunca hubiera creído que se encerrasen

tantos consuelos en estas pocas palabras del cristiano resignado, si no lo hubiese experimentado en mí mismo.

La ternura, la unción, y la inalterable paciencia del antiguo siervo de Dios, vencieron al fin la obstinación de mi dolor, y me avergoncé de las lágrimas que le hacía derramar. «¡Basta ya, padre mío!- le dije;- no turben las indómitas pasiones juveniles la paz de tus cansados días. Permíteme llevar conmigo los restos mortales de mi esposa, para que les de sepultura en algún ignorado lugar del desierto, y si estoy condenado a vivir, procuraré hacerme digno de esas bodas eternas que me han sido prometidas por Atala.»

A este inesperado triunfo del valor y la conformidad, el buen viejo se estremeció de alegría, y exclamó: «¡Oh, sangre de Jesucristo, sangre de mi divino Maestro, reconozco tus méritos! Tú salvarás sin duda a este joven. ¡Dios mío! acaba tu obra; devuelve la paz a esta alma agitada, y no le dejes de sus infortunios sino humildes y provechosos recuerdos!»

El justo se negó a abandonarme los despojos de la hija de López, pero me propuso hacer venir a todos sus neófitos y enterrarla con toda la pompa

A T A L A

cris­tiana; a lo cual me negué a mi vez, diciéndole: «Las desgra­cias y las virtudes de Atala han sido desconocidas de los hombres; quiero, pues, que su tumba, abierta furtivamente por nuestras manos, participe de esta obscuridad.» Convinimos, por lo tanto, en que al amanecer del siguiente día partiríamos para enterrar a Atala debajo del arco del puente natural, a la entrada de los *Bosquecillos de la muerte*. Y resolvimos también pasar la noche en oración al lado de sus helados restos.

Trasladamos éstos al anoche­cer a una hendidura de la gruta, que miraba al Norte. El ermitaño los había envuelto en una pieza de lino de Europa, hilado por su madre: única riqueza que conservaba, de su patria, y que destinaba hacía mucho tiempo para su propia mortaja. Atala estaba tendida sobre un lecho de sensitivas de montaña; sus pies, su cabeza, sus hombros y parte de su pecho estaban descubiertos. Velase entre sus cabellos una flor marchita de magnolia: ¡la misma que yo había colocado en su lecho, para hacerla, fecunda! Sus labios parecían sonreír y palidecer como un capullo de rosa cogido después de dos mañanas, y en sus mejillas, de blancura deslumbradora, se distinguían algunas venas azules. Sus hermosos ojos estaban cerrados, sus pies medio

descubiertos, sus manos alabastrinas estrechaban un crucifijo de ébano, y el escapulario de sus votos pendía de su cuello. Parecía encantada por el ángel de la melancolía, y por el doble sueño de la inocencia y del sepulcro: no he visto cosa más celestial. El que hubiese ignorado que aquella joven había gozado de la luz, hubiérala creído la estatua de la Virginitad dormida.

El religioso pasó toda la noche en oración, y yo la vi transcurrir sentado a la cabecera del lecho mortuario de la malograda Atala. ¡Cuántas veces, durante su sueño, había sostenido en mis rodillas aquella encantadora cabeza! ¡Cuántas me habla reclinado sobre ella para oír y respirar su aliento! Ora, empero, ningún rumor salía de aquel seno inmóvil, y en vano esperaba que la hermosura despertase.

La luna vino a prestar su pálida antorcha a aquella velada fúnebre: levantóse a media noche como un blanca vestal que acude a llorar sobre el féretro de una compañera querida, y poco después derramó por los bosques ese gran secreto de melancolía que se complace en comunicar a las decrepitas encinas y a las antiguas costas de los mares. De tiempo en tiempo, el padre Aubry sumergía una rama en flor en agua consagrada, y sacudiéndola luego, perfuma-

A T A L A

ba la noche con los aromas del cielo. Algunas veces repetía sobre un aire antiguo algunos versos de un antiguo poeta llamado Job, y decía:

«He pasado como una flor; me he secado como la hierba de los campos.

»¿Por qué ha sido concedida la luz al miserable, y la vida a los que gimen en la amargura del corazón?»

Así cantaba el anciano. Su voz grave y un tanto cadenciosa rodaba y se perdía en el silencio de los desiertos, mientras todos los ecos, todos los torrentes y todos los bosques repetían el nombre de Dios y de la tumba. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caída de un torrente en la montaña, y el sonido de la campana que llamaba a los viajeros, se confundían con los cantos fúnebres, y se creía oír en *los Bosquecillos de la muerte* el coro lejano de los finados, que respondía a la voz del solitario.

En tanto se formó una faja de oro en el oriente. Los gavilanes chillaban en la punta de los peñascos, y las martas volvían a las hendiduras del tronco de los olmos: esto era la señal del convoy fúnebre de Atala: cargué, pues, en hombros sus restos, y precedido del ermitaño, que se apoyaba en su báculo, empezamos a bajar lentamente de peñasco en pe-

ñasco, pues la muerte y la ancianidad acortaban nuestros pasos. Al ver el perro que nos había hallado en el bosque, y que ahora dando saltos de alegría, nos trazaba tan opuesto camino, mi corazón se desgarraba. Y acontecía que la larga cabellera de Atala, juguete de las brisas matinales, extendía sobre mis ojos su velo de oro; otras veces, cediendo al pego veíame precisado a colocarla sobre el musgo y sentarme a su lado, para restaurar mis flacas fuerzas. Llegamos por último al lugar prefijado por mi dolor, y bajamos al pie del arco del puente. ¡Oh, hijo mío! ¡preciso hubiera sido ver a un joven salvaje y a un viejo ermitaño, uno en frente del otro, de rodillas en un desierto, abriendo una sepultura para una doncella prematuramente roada a la vida, y cuyo cadáver yacía no lejos, en el seco cauce de un torrente!

Terminada nuestra triste faena, trasladamos la inanimada belleza a su lecho de tierra. ¡Ah! ¡cuán diferente era el que yo me había prometido prepararle! Tomando entonces un puñado de polvo en mi mano, y guardando un silencio espantoso, fijé por la postrera vez mis ojos en el ya desfigurado semblante de Atala. Esparcí luego la tierra del sueño sobre aquella frente de diez y ocho primaveras, y vi

A T A L A

desaparecer gradualmente las facciones de mi hermana y ocultarse sus gracias detrás de la cortina de la eternidad; mas su pecho se dejó ver durante algún tiempo sobre el suelo negruzco, cual una blanca azucena descuella sobre una arcilla oscura. «¡López! -exclamé entonces,-¡hé aquí a tu hijo enterrando a tu hijo!» Y acabé de cubrir a Atala con la tierra del reposo.

Volvimos a la gruta, y di parte al misionero del proyecto que había formado de establecerme a su lado; pero el santo, que conocía a fondo el corazón humano, adivinó mi pensamiento y el ardid de mi dolor, y me dijo: «Chactas, hijo de Utalisi, mientras Atala ha vivido, yo mismo te he pedido que permanecieses en mi compañía; mas tu suerte ha cambiado, y te debes a tu patria. Créeme, hijo mío, los dolores no son eternos, y es preciso que concluyan más tarde o más temprano, puesto que el corazón humano no es ilimitado, y en esto mismo echarás de ver una de nuestras mayores miserias: ni aún somos capaces de ser desgraciados mucho tiempo. Vuelve a las orillas del Meschacebé, y vé a consolar a tu madre que te llora todos los días y ha menester tu apoyo. Hazte instruir en la religión de tu Atala, cuando halles una ocasión oportuna, y no olvides

que le prometiste ser virtuoso y cristiano. Yo custodiaré aquí su tumba. Parte, hijo mío, que Dios, el alma de tu hermana y el corazón de tu anciano amigo te seguirán a todas partes.»

Estas fueron las palabras del hombre del peñasco: su autoridad era grande, y su sabiduría demasiado profunda para que me negase a obedecerle. Al día siguiente, me separé de mi respetable huésped, que estrechándome sobre su corazón, me dio sus últimos consejos, su última bendición y sus últimas lágrimas. Pasé a la sepultura, y me sorprendí al hallar en ella una cruz que se alzaba sobre la muerte, como se ve descollar sobre las olas el mástil de un bajel después de un naufragio. Conocí que el solitario había ido a orar a la tumba, durante la noche: señal de amistad y de religión que excitó en mí la más tierna gratitud, y sentí la tentación de abrir la fosa y contemplar otra vez a mi amada; pero me retuvo cierto religioso temor, y me contenté con sentarme sobre la recién removida tierra. Apoyando un codo en mis rodillas y, la cabeza en mi mano, quedé abismado en la más amarga, abstracción. ¡Oh René! allí me entregué por primera vez a serias reflexiones acerca de la vanidad de nuestra existencia, y la vanidad, mayor aún, de nuestros proyectos.

A T A L A

¿Quién no ha hecho estas reflexiones? Yo soy un ciervo encanecido por los inviernos, y mis años compiten con los de la corneja; pues bien: a pesar de tantos días, acumulados sobre mi cabeza; a pesar de tan larga experiencia de la vida, no he hallado un solo hombre que no se haya visto engañado en sus dorados ensueños de felicidad, ni un solo corazón no dilacerado por alguna oculta herida. El corazón más tranquilo en apariencia, se asemeja al pozo natural de la sabana Alachua, cuya superficie brilla pura y serena; pero al fijar la vista en el fondo, descubre un enorme cocodrilo, que emponzoña las falaces aguas.

Habiendo visto al sol levantarse y ponerse sobre aquel lugar de dolor, al día siguiente, al primer grito de la cigüeña, me preparé a abandonar la sagrada sepultura, punto de partida desde donde me proponía entrar en la carrera de la virtud. Invoqué tres veces el alma de Atala, y tres veces respondió el genio del desierto a mis gritos, bajo el arco sepulcral. Saludé luego al oriente, y descubrí a lo lejos en los fragosos senderos de la montaña al ermitaño, que se dirigía a las cabañas de otros desgraciados. Cayendo de rodillas, y abrazando estrechamente la tierra que sostenía la modesta cruz, exclamé con voz ahogada

por los sollozos: «¡Duerme en paz en extraña tierra, mujer desventurada! ¡Vas a verte abandonada hasta del mismo Chactas, en premio de tu amor, de tu destierro y de tu muerte!» Entonces, derramando torrentes de lágrimas, me alejé de la hija de López, y logré arrancarme a aquellos lugares, dejando al pie del monumento de la Naturaleza otro más augusto: la humilde sepultura de la virtud.

EPÍLOGO

Chactas, hijo de Utalisi él natche, narró esta historia al europeo René. Los padres la han contado a sus hijos, y yo, viajero en lejanas regiones, he referido fielmente lo que me han contado los indios. En esta narración he visto el cuadro del pueblo cazador y del pueblo labrador; la religión, primera legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, tan opuestos a las luces, a la caridad y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y la virtud en un corazón sencillo, y por último, el triunfo del cristianismo sobre el sentimiento más vehemente y el temor más terrible: el amor y la muerte.

Cuando un siminol me refirió ésta historia, me pareció muy instructiva y hermosa, porque colocó en ella la flor del desierto, los encantos de la cabaña, y una sencillez en la expresión del dolor, que no me lisonjeo haber conservado. Restábame averiguar un hecho. Pregunté cuál había sido el paradero del padre Aubry; mas como nadie acertó a decírmelo, huébralo quizá ignorado eternamente, si la Providen-

cia, que lo dirige todo, no me hubiese descubierto lo que deseaba saber. He aquí por qué medios:

Había recorrido las orillas del Meschacebé, que formaban en otro tiempo el límite meridional de la Nueva Francia, y anhelaba ver al Norte la otra maravilla de este territorio: la catarata del Niágara, a cuyas inmediaciones había llegado en el antiguo país de los Iroqueses, cuando al atravesar una mañana una llanura, vi a una mujer sentada debajo de un árbol, teniendo un niño muerto en sus rodillas. Acerquéme lentamente a la joven madre, y le oí decir estas palabras:

«Si te hubieras quedado entre nosotros, mi querido hijo, ¡con cuánta gracia hubiera tu mano manejado el arco! Tu brazo hubiera domado al oso enfurecido, en la cumbre de la montaña, y tus pasos hubieran desafiado al corso en su carrera. Blanco armiño del peñasco, ¿por qué te marchaste tan joven al país de las almas? ¿Qué harás para resucitar? Tu padre no está aquí para alimentarte con la caza; tendrás frío, y ningún espíritu te dará pieles para abrigarte. ¡Oh! es preciso que me apresure a reunirme a ti, para cantarte canciones y presentarte mi seno.»

A T A L A

Y la joven madre cantaba con voz trémula, mecía al niño sobre sus rodillas, humedecía sus labios con la leche maternal, y prodigaba a la muerte todos los desvelos que se conceden a la vida.

Aquella mujer intentaba hacer secar el cadáver de su hijo en las ramas de un árbol, según la costumbre india, para llevarlo luego al sepulcro de sus padres. Al efecto, desnudó al recién nacido, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: «Alma de mi hijo, alma encantadora, tu padre te creó en otro tiempo en mis labios con un beso; ¡ay! los míos no tienen el poder de darte un segundo nacimiento.» Esto dicho, descubrió su seno y abrazó los helados despojos del niño, que sin duda se hubieran reanimado al calor del corazón maternal, si Dios no se hubiese reservado el soplo que infunde la vida.

Levantóse, y buscó con la vista un árbol en cuyas ramas pudiese, colocar, al difunto niño. Al fin, escogió un arce de flores encarnadas, festoneado con guirnaldas de apios, y que esparcía los más suaves perfumes. Bajó con una mano las ramas interiores, y con la otra colocó el niño, y soltando la rama, ésta recobró su posición natural, llevando los despojos de la inocencia ocultos en su embalsamado

follaje. ¡Oh! cuán tierna es esta costumbre india. Yo os he visto en vuestros devastados campos, fastuosos monumentos de los Crasos y los Césares; pero prefiero a vosotros esos sepulcros aéreos dejos salvajes, esos mausoleos de flores y de verdor, perfumados por la abeja, mecidos por el céfiro, y en los que el ruiseñor construye su nido y hace oír sus quejumbrosas melodías. Si la mano de un amante ha colocado los restos de una doncella en el árbol de la muerte; si una madre ha depositado los despojos de un hijo querido en la morada de los pajarillos el encanto se acrecienta. Acerquéme a aquella mujer, que lloraba al pie del arce, e imponiéndole las manos en la cabeza, exhalé los tres gritos de dolor. Luego, sin hablarle, y tomando como ella un ramo, ahuyenté los insectos que zumbaban en torno del niño, evitando asustar a una paloma vecina, a la cual decía la india: «¡Paloma! si no crees el alma de mi hijo, que ha emprendido su vuelo, eres sin duda una madre, que busca alguna cosa para, hacer un nido. Toma estos cabellos que ya no lavaré en agua de raíz de china, tómalos para acostar a tus pequeñuelos, y ¡ojalá te los conserve el Gran Espíritu!»

No obstante, la pobre madre lloraba de alegría viendo las atenciones del extranjero. Mientras ha-

A T A L A

cíamos esto, se acercó un joven y le dijo: Hija de Celuta, retira a nuestro hijo, pues nos es forzoso partir al brillar el primer sol.» Yo dije entonces: «Hermano, te deseo un cielo azul, muchos corzos, un manto de castor y la esperanza. ¿No eres de este desierto?» «No -repuso, el joven;- somos unos desterrados, que vamos en busca de una patria.» Así hablando, el guerrero inclinó la cabeza sobre el pecho, y cortaba, como distraído, las corolas de las flores con la extremidad de su arco. Conocí que se ocultaban muchas lágrimas en el fondo de aquella historia, y enmudecí. La mujer tomó su hijo de las ramas del arce, y lo entregó a su esposo. Entonces dije; «¿Queréis permitirme que encienda vuestra hoguera esta noche?» «No tenemos cabaña-replicó el guerrero con sordo acento; -si queréis seguirnos, acamparemos al borde de la catarata.» «Soy gustoso» -repuse, y partimos juntos.

Poco tardamos en llegar al borde de la catarata, que se anunciaba en sus espantosos mugidos, está formada por el río Niágara, que sale del lago Erié y desemboca en el lago Ontario, siendo su altura perpendicular de ciento cuarenta y cuatro pies. Como desde el lago Erié hasta el salto, corre el Niágara por una rápida pendiente, en el momento de la caída es

menos un río que un mar, cuyos tronadores torrentes se empujan y chocan a la entreabierta boca de un abismo. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva a manera, de herradura, Entre estos brazos se adelanta una isla, que socavada por sus cimientos, parece suspendida con todos sus árboles sobre el caos de las ondas. La masa de río que se precipita hacia el mediodía, se redondea a manera de un inmenso cilindro, y desplegándose luego como una cortina de nieve, resplandece al sol con todos los colores, mientras la que se despeña hacia oriente, baja en medio de una sombra espantosa, a semejanza de una columna del diluvio. Mil arcos-iris se encorvan y cruzan sobre el pavoroso abismo. Las aguas, al azotar los estremecidos peñascos, saltan en espesos torbellinos de espuma, que se levantan sobre los bosques cual los remolinos de humo de un vasto incendio. Los pinos, los nogales silvestres y las rocas cortadas a manera de fantasmas, decoran aquella escena sorprendente; las águilas, arrastradas por la corriente de aire, bajan revoloteando al fondo del aritro, y los carcajús se suspenden por sus flexibles colas de la extremidad de una rama, para coger en el abismo los mutilados cadáveres de los alces y osos.

A T A L A

Mientras contemplaba aquel soberbio espectáculo con un placer mezclado de terror, la india y su esposo se alejaron de mí. Busquéles subiendo el río antes de despeñarse, y los hallé a poco en un lugar adecuado a su quebranto. Estaban tendidos sobre la hierba, en compañía de unos ancianos, a cuyo lado vi unas osamentas humanas envueltas en pieles de fieras. Atónito ante lo que veía hacia ya algunas horas, sentóme cerca de la joven madre, y le dije: «¿Qué significa todo esto, hermana mía?»

La india me respondió: «Hermano mío, esta es la tierra de la patria, y esta son las cenizas de nuestros antepasados, que nos siguen a nuestro destierro.»

«¿Y cómo habéis sido reducidos -repliqué,- a tanto infortunio?» La hija de Celuta respondió: «Somos los restos de los natchez, porque, después de la matanza que los franceses hicieron en nuestra nación, para vengar a sus hermanos, los que de los nuestros lograron substraerse a la saña del vencedor, hallaron hospitalidad en los chikasas, nuestros vecinos. Entre ellos hemos permanecido tranquilos largo tiempo; pero ha siete lunas que los blancos de la Virginia se han apoderado de nuestras tierras, diciendo que les han sido otorgadas por un rey de

Europa. Hemos levantado los ojos al cielo, y cargando con los restos de nuestros mayores, hemos emprendido nuestro camino a través del desierto. Yo he parido durante la marcha, y como mi leche era mala, a causa del dolor, ha causado la muerte a mi hijo.» Esto dicho, la joven madre enjugó sus ojos con sus cabellos, y yo lloré también.

Poco después le dije: «Hermana mía, adoremos al Gran Espíritu, pues todo acontece por disposición suya. Todos somos viajeros, y nuestros padres lo han sido asimismo, pero hay un lugar en donde descansaremos. Si no temiese tener la lengua tan fácil como la de un blanco, te preguntaría si habías oído hablar de Chactas, el natche.»

Al oír estas palabras, la india me miró y me dijo: «¿Quién te ha hablado de Chactas, el natche?»

«La sabiduría- le repliqué.» La india prosiguió: «Voy a decirte lo que sé, porque has ahuyentado las moscas del cuerpo de mi hijo, y porque acabas de decir hermosas palabras acerca del Gran Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René, el europeo adoptado por Chactas. Este, que había recibido el bautismo, y mi desgraciado abuelo René perecieron en la matanza.» «El hombre camina incesantemente de dolor en dolor- respondí inclinándome.- ¿Y podrías

A T A L A

darme también nuevas del padre Aubry?» «No fue más dichoso que Chactas -dijo la india,- pues los queroqueses, enemigos de los franceses, penetraron en su misión, atraídos por la campana que llamaba en auxilio de los viajeros. El padre Aubry hubiera podido, salvarse, pero, no quiso abandonar sus hijos, y permaneció entre ellos para animarlos a la muerte con su ejemplo. Fue, pues, quemado en medio de terribles tormentos, sin que se pudiese arrancarle un solo grito ofensivo a su Dios o a su patria, pues durante el suplicio no cesó de orar por sus verdugos, y de compadecerse de las víctimas. Deseando arrancarle una muestra, de debilidad, los queroqueses trajeron a sus pies un salvaje cristiano, a quien habían mutilado horriblemente. Pero su sorpresa fue grande, cuando vieron que aquel joven se arrodillaba y besaba las heridas del anciano ermitaño, que le gritaba: «¡Hijo mío! hemos sido ofrecidos en holocausto a los ángeles y a los hombres.» Furiosos los indios, le introdujeron un hierro hecho ascua en la garganta para evitar que hablase, y no pudiendo consolar más a los hombres, expiró.

»Dícese que los queroqueses, aunque tan acostumbrados a ver sufrir con constancia a los salvajes, no pudieron dejar de confesar que en el humilde va-

lor del padre Aubry había algo que les era desconocido, y que sobrepujaba todo el arrojado de la tierra. Asombrados muchos de ellos, de tal muerte, se lucieron cristianos.

»Algunos años después, Chactas, a su regreso del país de los blancos, noticioso de las desgracias del jefe de la oración, partió en busca de sus cenizas y de las de Atala. Llegó al lugar de la misión, pero, apenas pudo reconocerlo, porque el lago se había desbordado, la sabana se había trocado en un pantano, y el puente natural, al venir a tierra, había sepultado bajo de sus escombros el sepulcro de Atala y los *Bosquecillos de la muerte*. Chactas vago mucho tiempo por aquel lugar, visitó la gruta del solitario, que halló obstruido por las malezas y los frambuesos, y en el cual una cierva alimentaba su cervatillo. Sentóse en el Peñasco de la Vigilia de la muerte, en el que sólo vio algunas plumas desprendidas de las aves de paso. Mientras se entregaba al llanto, la serpiente doméstica del misionero salió de los vecinos matorrales, y fue a enroscarse a sus pies. Chactas abrigó en su seno aquel fiel amigo, único morador de las ruinas, y contó que muchas veces, a la proximidad de la noche, había creído ver levantarse en los vapores del crepúsculo las sombras de Atala y

del padre Aubry: visiones que le llenaban de un religioso terror y de una melancólica alegría.

»Después de haber buscado en vano el sepulcro de su hermana y el del solitario, se disponía a abandonar aquellos lugares, cuando la cierva de la gruta se puso a dar saltos delante de él, y se detuvo al pie de la cruz de la misión, rodeada a la sazón de agua hasta la mitad; su madera estaba destruida por el musgo, y el pelícano del desierto se complacía en posarse sobre sus carcomidos brazos. Chactas creyó que la cierva reconocida le había conducido al sepulcro de su antiguo huésped, y excavando los cimientos del peñasco que en otro tiempo servía de altar, encontró los restos de un hombre y de una mujer. No dudó fuesen los del sacerdote y la virgen, tal vez enterrados por los ángeles en aquellos lugares, y envolviéndolos en pieles de oso, volvió a tomar el camino de su patria, llevando consigo los preciosos restos, que resonaban sobre su espalda como el carcaj de la muerte. Al llegar la noche poníalos bajo su cabeza, y se veía rodeado de gratos ensueños de amor y de virtud. ¡Extranjero! aquí puedes contemplar este polvo, con el del mismo Chactas.»

Cuando la india hubo pronunciado estas palabras, me levanté, y acercándome a aquellas sagradas cenizas, me arrodillé en silencio ante ellas. Luego, alejándome con acelerados pasos, exclamé: «¡Así pasa en la tierra todo lo bueno, virtuoso y sensible! ¡Hombre! no eres otra cosa que un rápido sueño, una dolorosa fantasía; no existes sino para el mal; no tienes otro valor que el de la tristeza de tu alma, y la eterna amargura de tus pensamientos!» Estas reflexiones me ocuparon toda la noche, y al amanecer del día siguiente mis huéspedes se alejaron de mí. Los guerreros jóvenes abrían la marcha, y las esposas la cerraban; los primeros iban cargados con las santas reliquias de sus ascendientes, las segundas llevaban sus tiernos hijos, y los ancianos caminaban lentamente en medio, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, entre la patria perdida y la que se prometían hallar. ¡Oh! ¡cuántas lágrimas se derraman cuando se abandona de esta manera la tierra natal, y cuando desde lo alto de la colina del desierto se descubren por última vez el techo a cuya sombra nacimos, y el río de la cabaña, que continúa deslizándose tristemente a través de los yermos campos de la patria!

A T A L A

¡Indios sin ventura, a quienes he visto vagar por los desiertos del Nuevo Mundo, cargados con las cenizas de vuestros padres; vosotros me habéis concedido hospitalidad a pesar de vuestra miseria! ¡Yo no puedo devolvérosela hoy, porque vagó también a merced del capricho de los hombres; pero menos feliz que vosotros en mi destierro, no llevo conmigo los huesos de mis padres!